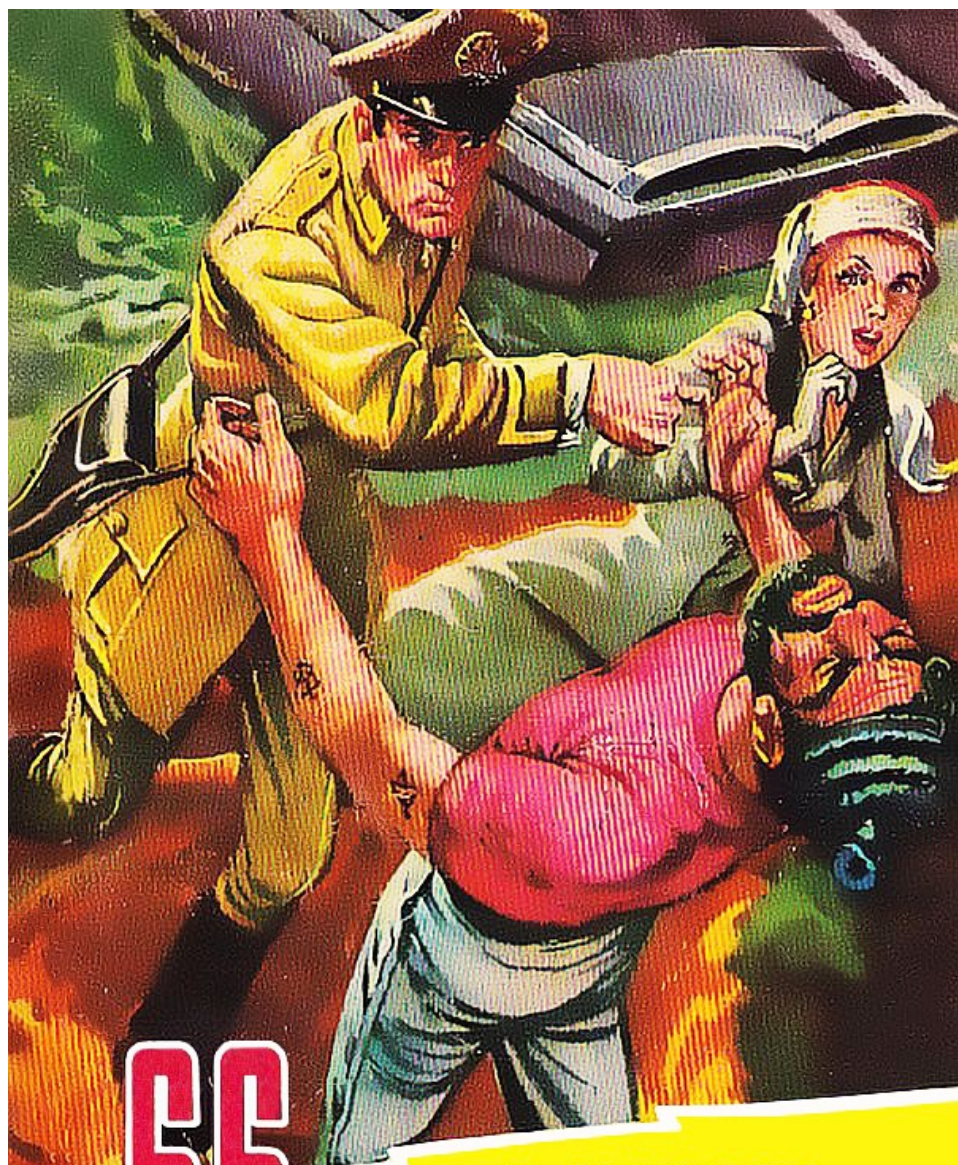




SS

**SERVICIO
SECRETO**

AL MASSON
LA MUERTE EN
CADA MINUTO *de*

En plena contienda de la II Guerra Mundial, una agente novata del FBI gracias a sus conocimientos en Física, tiene como primera misión escoltar a un importante científico de un país de la Europa del este, especialista en energía atómica, haciéndose pasar por su secretaria. En pleno vuelo hacia territorio aliado, el avión es secuestrado por unos agentes del espionaje alemán. La pareja es trasladada a una base secreta nazi en el mar báltico, donde, a cambio de sus vidas, son invitados de manera «voluntaria» a colaborar junto a otros científicos en conseguir el arma definitiva que haga decantar la balanza de la contienda del lado teutón. Pero el escuchimizado, despistado y cobarde científico esconde un as en la manga...



Al Masson

La muerte en cada minuto

Bolsilibros: Servicio Secreto - 76

ePub r1.0

jala y xico_weno 04.07.17

Título original: *La muerte en cada minuto*
Al Masson, 1952

Editores digitales: jala y xico_weno
ePub base r1.2





Al Masson

La muerte en cada minuto

1.a Edición.

ENERO - 1952

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

La Muerte en cada Minuto

por
AL MASSON



Se llamaba Helen Mitchell, y había ingresado en los servicios auxiliares femeninos del

F. B. I.

convencida de que su fortaleza física, su clara inteligencia, su cultura y su indomable voluntad hallarían en ellos ancho campo donde saciar sus ansias de aventura e intriga.

Acababa de cumplir veintidós años. Y, en fin, era ésta la primera misión que se le encomendaba.

No podía la muchacha negarse a sí misma el desencanto que experimentaba al considerar las características que tal misión ofrecía. ¡Bah!, ¿para eso les habían repetido cien veces en la Academia de Quantico que «la vida del agente secreto va acompañada por la seguridad de encontrar la muerte en cada minuto»? Como *slogan*, no estaba mal; mas en el caso presente...

Recordaba ahora la tensión de ánimo y el entusiasmo con que acudió al despacho del jefe Morrison, para recibir instrucciones referentes a su primer trabajo oficial.

—Señorita Mitchell, ha obtenido usted el primer lugar en la última promoción femenina. Esperamos mucho de usted. Ya imagino que, como todo agente novel, deseará verse enseguida entregada a los servicios más arduos y peligrosos, ¿no es así? Bien, todo llegará. De momento le vamos a encargar algo que, más que poner a contribución sus relevantes cualidades, le servirá como mero entrenamiento vivo.

La fina perspicacia de la joven comenzó a sospechar bien pronto que el jefe Morrison le estaba hablando con ironía más que palmaria. Vaya, se la consideraba «una novata»; y esto venía a resultar deprimente.

—Se adaptará usted con facilidad al pape, que se le asigna —continuó Morrison—. Sus conocimientos de Física moderna la hacen idónea para el mismo. Aquí tiene la documentación correspondiente a su nueva personalidad. A partir de este momento, es usted la señorita Alexis Ferguson, nacida en Irlanda, y nacionalizada inglesa, secretaria o adjunta del profesor lituano Eric Kachowsky, físico nuclear, a quien acompañará en su viaje de Nueva York a Inglaterra, vía Islandia. Su trabajo no será muy complicado: vigilar

a cuantos se muevan alrededor del sabio durante el viaje, y quizás también una vez en Londres, si allí sigue a su lado. En el aeródromo de Croydon, al llegar a la metrópoli inglesa, hallará usted a un agente especializado del

F. B. I.

, del cual recibirá instrucciones y a quien deberá comunicar las novedades que hubiere.

Y esto había sido todo. Veinticuatro horas más tarde llegó, dispuesta para el viaje, al aeródromo neoyorquino. Allí fue presentada al profesor Kachowsky; el mismo que permanecía ahora sentado junto a ella en la cómoda butaca de la cabina de viajeros del *Constellation*, a la vera de la ventanilla.

Escrutaba Helen en este momento el rostro y la figura del profesor, sin disimular mucho su observación, puesto que lo veía embebido en la lectura de su voluminoso libro de Matemáticas. Era un hombre joven, y de estructura física que hubiera sido atlética de no aparecer tan desmadejado. Vestía con el típico descuido del sabio distraído, desabrochado el cuello de la camisa, siempre ladeada la corbata, de pésimo gusto; sus ropas parecían venirle anchas.

¿Qué edad tendría? Resultaba difícil calcularlo. Con aquel enmarañado pelo rubio casi albino, la rala barbita de chivo, también de desvaído color, los gruesos lentes de miope y el gesto de «hombre en la luna», lo mismo podían asignársele treinta años que treinta y cinco o cuarenta.

No resultaba mal parecido. En cuanto a su chocante timidez para tratar a la muchacha, venía a ser realmente risible. Hasta media docena de frases, casi monosilábicas, había cruzado con su «Secretaria», a pesar de que llevaban ya cerca de dos horas de vuelo.

La proverbial distracción de todo sabio asomó también en dos o tres ocasiones; la más ostensible, cuando, como máxima deferencia o galantería, dijo a la joven, con una risita de colegial:

—¡Je!... ¿Un bomboncito, Miss Ferguson?...

Y al hablar así le alargaba la estilográfica, mientras procedía a guardarse en el bolsillo de junto a la solapa la caja de comprimidos de chocolate. Se dio cuenta el hombre de la *gafe*, y enrojció como un cadete, mientras ella pugnaba por no soltar la risa.

«¡Qué aburrimiento! —continuaba pensando Helen—. Este hombre me crispa los nervios, con su laxitud tan poco varonil. Si este trabajo dura mucho, me voy a enervar. ¡Qué viaje tan insulso!...».

Mal podía adivinar el agente femenino del F. B. I, que el supuesto «aburrimiento» iba a durar tan solo, exactamente, dos minutos y medio.

De la butaca delantera a la que ella ocupaba, vio levantarse, con aire indolente, a uno de los viajeros del avión; con paso distraído y mirada vaga, dirigióse el hombre hacia el extremo de la cabina de viajeros, cruzándose con el auxiliar del radiotelegrafista, que salía de la pequeña cámara donde hallábase instalado el aparato Marconi. El aburrido pasajero llevaba en la mano la pitillera, como si se dirigiese al pequeño saloncito fumadero.

Helen no paró mientes en el desconocido individuo. Ni pudo adivinar que *en aquel minuto comenzaba a hallarse por primera vez en peligro*.

El pasajero, ya en el pasillo exterior, había extraído de la pitillera, no un cigarrillo, sino una llave Yale, que aplicó cautelosamente a la puerta de la cámara de la radio.

El oficial radiotelegrafista, que se hallaba sentado ante su mesa, y con los auriculares puestos, oyó abrirse la puerta detrás de él, pero no se movió.

—¿Qué te pasa, Willy? ¿Se te olvida algo?

La respuesta fue un seco golpe en la nuca, propinado con el mazo de arena. El que había irrumpido en la cabina lo volvió a golpear, con frío cálculo, hasta que tuvo la certeza de que no podría volver en sí durante bastante tiempo. Luego, con diestra seguridad, manipuló en los aparatos durante medio minuto. También quedó seguro de que la emisora restaba inservible.

Dio una última ojeada a la pequeña habitación, y luego salió, cerrando con llave.

Compareció al punto en la cabina de pasajeros; y la llave que antes manejara fue substituida por una «Colt». Otros cuatro «pacíficos» viajeros se levantaron a un tiempo, llevando disimuladamente sus manos a las sobaqueras.

—¡Atención todo el mundo! —profirió estentóreamente el que había actuado primero—. Que nadie se mueva de su sitio; levanten

los brazos y coloquen las manos cruzadas sobre la nuca. ¡Pronto!

Tres de los hombres armados salieron de la cabina de pasajeros y a poco oyéronse dos disparos hacia la parte donde se hallaban los mandos del aparato. Las dos únicas detonaciones procedían de la pistola del piloto; los interruptores disparaban con silenciador. La sangre del aviador americano que estaba al volante fue la primera que corrió y uno de los atacantes pagó también con su vida el audaz asalto, bajo el arma del piloto, el cual, heroicamente, no quiso obedecer la orden de rendirse a mansalva.

Pero la sorpresa favoreció a los de la banda, y el resto de los tripulantes de *Constellation* fueron dominados y encerrados. Los interruptores quedaban dueños del aparato.

El que parecía dirigir el ataque, seguía junto con otro de sus *ad láteres*, encañonando a las dos docenas de pasajeros sentados en las butacas de la cabina. Y gritó, con acento indudablemente germano:

—¡Profesor Kachowsky!

Helen Mitchell, a pesar de lo dramático de la situación, casi sintió el impulso de echarse a reír, al darse cuenta de la estúpida distracción de su «vigilado», el sabio lituano; porque el hombre, pese a las alarmantes voces de los atacantes y a las exclamaciones de angustia de algún viajero, y no obstante el revuelo que se armó y el estampido de los disparos, que el zumbido de los motores no logró ahogar, seguía abstraído cara a las ecuaciones de su librote. Levantó, al fin, el rostro, cuando su nombre fue repetido; giró los ojos en redondo con gesto de estupor, dándose cuenta del cuadro, y pronunció entrecortadamente:

—¡Oh..., oh, Dios mío!... ¿Qué es esto?...

Y, acto seguido, se desmayó.

—¡Majadero..., cobarde! —murmuró la muchacha entre dientes; y él hubiera podido oírla, de no haber perdido el conocimiento.

Tuvo que sostenerlo, porque se escurría del asiento y hubiese venido a parar al suelo.

El primer hombre armado estaba ahora junto a ellos dos, y sin bajar la pistola, contemplaba al accidentado profesor, con mirada socarrona.

—¿Viaja usted con él, acaso? —interrogó a la joven.

Ella se dio cuenta de que estaba manifestando menos miedo del que correspondía a su papel de anodina «Secretaria». Supo imitar, a

continuación, el temeroso balbuceo del sabio:

—Soy... soy su secretaria, sí...

Rieron los dos hombres de las «Colt», y el primero comentó:

—¡Es chocantísimo! Un sujeto que puede apiolar a media humanidad con uno de sus inventos, y que se desmaya tan sólo a la vista de un juguetito de éstos. Eres tú más valiente que él, muchacha. Dale algo, chica; arrímale a la nariz tu frasco de esencia, a ver si resucita.

Retrocedieron los dos, sin dejar de dominar a los presentes con las pistolas. En aquel momento entró otro de los individuos armados.

—¿Está ya Klaus al volante? —preguntó el que parecía el jefe.

—Sí —respondió el que entraba.

—¿Y Rienzi?

—Cayó, está liquidado.

—¡Por nuestro Führer! —pronunció el cabecilla, después de un breve silencio, levantando la mano con el saludo nazi y adoptando una rígida posición militar, que fue imitada por sus secuaces. Luego añadió—: Sigue tú con Klaus, en los mandos del hidro. Linz y yo nos bastamos para vigilar a esta gente.

Acto seguido, todos los viajeros fueron cacheados, tanto hombres como mujeres. Y ocurrió que, no lejos del Lugar que ocupaban Kachowsky y Helen, bajo las butacas, fue hallada una magnífica pistola «*Parabellum*», cuyo dueño no pudo ser identificado.

Recogieronla los asaltantes, sin dar demasiada importancia al hecho, pues supusieron que algún timorato pasajero se había desprendido, de ella.

Muy sorprendida hubiera quedado Helen Mitchell si le hubiese sitio posible darse cuenta de que el arma fue arrojada disimuladamente por el sabio, al caer «desmayado».

—Pueden bajar ya los brazos —dijo ahora el jefe germano—; y tranquilícense, que no y va pasar nada más. Todo será cuestión para ustedes, de llegar con un poco de retraso a su destino.

Helen decidió seguir las indicaciones que poco antes oyera en boca del desconocido: extrajo de su bolso el frasco de esencia y vertió unas gotas en la nariz del desvanecido profesor, mientras lo sostenía «maternalmente» enarcándole la cintura.

Reaccionó el desvanecido, dando un respingo que hizo soltar la carcajada a los dos individuos armados.

—¿Eh?... ¿Qué pasa?... ¿Qué quieren de mí?

El rubicundo teutón sonrió.

—Vaya, ha adivinado usted que nuestra «visita», obedece al gusto de saludarle, respetable profesor. Serénese; su vida es demasiado preciosa para que dejemos de conservarla. Bien; dentro de media hora escasa dejará usted este pájaro de duraluminio para acompañarnos... en otro trayecto.

Kachowsky volvió los ojos hacia su secretaria, como quien pide auxilio. Ella... con el mejor gusto le hubiera aplicado contra la mejilla el revés de su mano, y no precisamente como una caricia.

—Ea, señores; puede seguir cada cual su lectura, o lo que estuviera haciendo; resultaré mejor así —añadió el cabecilla de los asaltantes.

Y el respetable Eric Kachowsky se creyó en el caso de seguir, sin más, tal consejo: abrió de nueve su libro de Física matemática, y puso gesto de abismarse otra vez en sus enrevesadas fórmulas.

La paciencia de Helen Mitchell no pudo resistir más. De un manotazo le cerró el mamotreto, e inclinóse levemente a su oído para decirle:

—¿Es que ni por asomo piensa usted hacer nada por defenderse?

—¿Yo?... —respondió el profesor, sin cuidarse de que pudieran oírle—. ¡Pobre de mí! ¿Qué cree que puedo intentar?... Serán espías, ¿no le parece? Es tremendo...

Y cabeceaba cachazudamente, buscando de nuevo con los ojos su libraco. Pero no lo abrió, quizás atemorizado ante la mirada fulminante que le dirigió su compañera.

El hidroavión descendía ahora rápidamente, pilotado por el llamado Klaus, y no tardó en volar a poca altura sobre las aguas. El profesor, como olvidando de nuevo la situación, atisbaba por la ventanilla; y la muchacha le oyó decir:

—Mire, *Miss Ferguson: icebergs*. Los hay de todos los tipos; vea allá también un *icefield*. Oh, para la latitud en que viajamos es extraña tal profusión, no lo dude...

Y se perdió en una disquisición «magistral» respecto a los hielos flotantes, la barrera de Ross, el clima, las comentes marinas...

La agente secreta reflexionaba, oyéndolo hablar:

«Nunca hubiera podido imaginarme que un supersabio resultase algo tan ridículamente estúpido».

En aquel instante el hidro marcó las sacudidas del amaraje. A poco, quedó quieto sobre la rizada superficie del Atlántico.

—Yaya recogiendo sus cosas, profesor —ordenó el hombre que había hablado antes—. Dentro de dos minutos emergerá un submarino y pasaremos a él.

«... Un rápido e inesperado final para mi *vigilancia* —continuaba pensando Helen—. Y un éxito menos que precario, en mi primera empresa».

Los espantados ojos de Kachowsky iban del desconocido a ella, y luego hacia él resto de los pasajeros, como buscando un imposible auxilio o escapatoria.

Entró el llamado Linz, y dijo a su jefe:

—Estaban ya aguardándonos. Ahora destacan la canoa.

—Pronto, profesor, no tenemos tiempo que perder.

Lo vio ella levantarse, con gesto alicaído. Y a continuación ocurrió lo que la joven menos podía esperarse.

—¿Van a llevarme..., de verdad? —interrogó Kachowsky.

El otro respondió con un agrio gesto de apremio.

—Verán, amigos míos —añadió el lituano—, háganse cargo. Si, abandono la compañía de mi secretaria, yo vendré a quedar... como quien dice sin mi brazo derecho; ésta es la verdad. Sí, ella conserva todas mis fórmulas, sabe mis costumbres...

Helen sintió que su indignación rebasaba ya todos los límites, porque lo que acababa de oír en la boca del profesor era una solemne mentira. La interpretación que la muchacha daba a la demanda del sabio no era otra cosa que la siguiente: su pánico debía de ser tal, que se agarraba a la compañía de su falsa secretaria como un niño desamparado a las faldas de su ama seca.

Y ocurrió que el jefe de los espías tomó en serio la solicitud. Y la supuesta «Miss Ferguson» se vio de pie, caminando pasillo adelante, precedida por el sabio profesor y escoltada por los malcarados asaltantes, entre la asustada estupefacción de los restantes viajeros del hidro. Cerraban la marcha dos de los alemanes, trayendo en brazos la macabra carga de su compañero recientemente muerto en la lucha.

Helen vio ya la escalerilla de descenso, y a su pie la canoa con

cuatro marineros germánicos.

¡Si la agente del

F. B. I.

consideró insulso el viaje, bien podía cambiar ya de opinión!

Estaba la muchacha haciendo acopio de toda su entereza, porque el asombro amenazaba echar abajo la seguridad que necesitaba tener en sí misma. Sentada sobre el estrecho banco de la canoa, junto al profesor, veía alejarse la figura del *Constellation*, meciéndose mansamente sobre las verdes aguas. Hacia el horizonte divisábanse las blancas masas de los icebergs, y en frente, agrandándose cada vez más, la gris silueta del submarino.

—Agradecidísima por la deferencia de que he sido objeto, señor profesor —moduló la joven por lo bajo, mordiéndose los dientes con rabia.

En la mirada que Kachowsky le dirigió había algo más de viveza; y todavía mucho más de ironía, según ella creyó adivinar.

Tres minutos después pisaban la cubierta del sumergible.

* * *

Había sido conducida la joven a un estrecho camarote, que casi no merecía el nombre de tal, pues apenas podía moverse en él. Creyó comprender que, separado por el tabique de aluminio, hallábase al otro lado el profesor Kachowsky, en una celda parecida a la suya. Pudo oír la voz del sabio, en tímido diálogo con el alemán que los apresó.

Este vino poco después a presencia de la prisionera, y, con gran concisión, le explicó cuál debería ser su comportamiento en las siguientes jornadas de travesía: abstenerse de hablar, en absoluto; permanecer quieta en la celda. Esto era todo.

Cuando el tudesco marchó, Helen estuvo reflexionando largamente sobre su actual estado. La agente del

F. B. I.

sentíase presa del mayor desconcierto; pero se dio a considerar que acaso tal situación podría proporcionarle valiosas informaciones, que ella debería esforzarse en saber aprovechar.

Lo que más la desorientaba era la «salida» final del profesor, al solicitar su compañía, cuando ella creyó, con harto fundamento,

que iba ya a perderlo de vista para siempre. Era indudable que los alemanes se habían apoderado de Kachowsky para obligarlo a colaborar con ellos en los experimentos de física atómica. Y... si acaso los enemigos llegaban a sospechar la verdadera personalidad de «Miss Ferguson», sería llegado el momento de *esperar la muerte en cualquier minuto*. Esta consideración no la amedrentó, en absoluto.

Acto seguido, a la muchacha se le ocurrió ensayar el ponerse en comunicación con Kachowsky a través del tabique metálico, utilizando las señales del alfabeto Morse. Golpeó, pues, lo más quedamente posible, componiendo la siguiente pregunta:

«¿Qué piensa hacer?».

La respuesta del sabio, dada también por las señales telegráficas, la dejó boquiabierta:

«Conserve siempre el frasco de agua oxigenada». No pudo Helen dar la réplica a esta desconcertante frase, porque el centinela del pasillo, advertido sin duda de la manipulación, asomó por la mirilla y dio una enérgica orden, en alemán, prohibiendo a ambos la comunicación. Pero Kachowsky aun repiqueteó en el tabique:

«El agua oxigenada no la pierda».

El vigilante voceó de nuevo, hasta conseguir el silencio total.

Y Helen quedó preguntándose cómo habría podido advertir el profesor la presencia, en su maletín, del frasco que contenía la concentración de bióxido de hidrógeno. ¿Abrió ella, acaso, aquél en presencia del físico lituano? No lo recordaba. El maletín le había sido entregado, ya dispuesto, por el mismo jefe Morrison. En fin, sentíase desconcertada.

Diez días duró la travesía. Durante aquella aburridísima serie inacabable de horas, no salió del pequeño camarote ni pudo ver al profesor, su compañero de cautiverio. Tampoco le fue dable establecer de nuevo comunicación con él a través del tabique, debido a la presencia del centinela.

Al amanecer del undécimo día, Helen fue conducida a cubierta. Kachowsky se hallaba también allí. Iban a desembarcar.

La muchacha vio enfrente la verde línea de una costa baja, cubierta por un cielo plomizo. Por muy amplios que fuesen sus conocimientos de Geografía, Helen Mitchell no podía colegir a qué punto del planeta habían sido conducidos. Junto a ella, Kachowsky murmuraba:

—Clima casi boreal, latitud bastante elevado, nubes estratoides típicas...

La mirada que Helen le dirigió encerraba más conmiseración que enojo.

* * *

La isla de Bornholm, en el Báltico, perteneciente a la soberanía danesa, había sido ocupada por los nazis a raíz de la invasión de Dinamarca.

Cuando al final de la guerra los rusos se extendieron por las costas bálticas de la Alemania Oriental, apresuráronse a desembarcar en Bornholm, y a inspeccionar minuciosamente las instalaciones que allí dejaron los alemanes. Costó hartó trabajo conseguir que la isla volviese a laborona danesa.

Fue en aquel apartado lugar donde las autoridades germanas establecieron sus más delicados laboratorios de experimentación sobre energía atómica. Pero los sabios alemanes no disponían de los medios materiales y económicos que estaban al alcance de los anglosajones, y lo cierto fue que siempre anduvieron rezagados en tal materia.

En la parte central de aquella isla báltica, camuflados bajo el mismo aspecto que solían ofrecer las granjas del país, hallábanse dichos laboratorios de física nuclear. Las techumbres, las edificaciones anejas, los falsos establos y depósitos de heno, etc., simulaban perfectamente, para la posible observación de los aviadores aliados, pacíficas explotaciones agrícolas y lecheras.

Pero los servicios secretos de las Naciones Unidas tenían noticias, más o menos concretas, de la existencia de tales centros de experimentación. Les faltaba precisar los puntos exactos, entre los datos inseguros que las telefotografías aéreas proporcionaban.

Huésped de un blanco y pulcro cuarto bien amueblado, en una de aquellas fingidas «granjas», Helen Mitchell perdíase ahora en conjeturas respecto al lugar donde había sido conducida. Habiendo desembarcado al amanecer, junto con el estrafulario profesor, fueron introducidos ambos inmediatamente en un coche cerrado, y ya no les fue dable realizar observación alguna sobre el paisaje. Cuando descendieron del auto, viéronse en un patio vallado por alta

verja. Helen fue conducida a su cuarto; y ya no había vuelto a ver al profesor.

Las estériles reflexiones de la muchacha fueron interrumpidas por la entrada de una atlética *fraulein* uniformada, con el brazalete de las S. S. nazi. Empleando un inglés relativamente correcto, la alemana le habló así:

—Dispóngase a venir conmigo ahora mismo. Están reunidos y la necesitan. Es el profesor Kachowsky quien la llama.

Levantóse Helen, sin responder. La otra añadió:

—Le aconsejo que no ponga impedimento alguno, ni reserve en ningún rincón de su memoria nada de lo mucho que debe de saber sobre los temas que nos interesan. *Herr* Kachowsky ha repetido que usted viene a ser como si dijéramos «el archivo viviente» de todos sus experimentos y teorías. Sea, pues, comprensiva y no nos obligue a emplear medios violentos para obligarla a... ser locuaz, Sígame; conocerá ahora eminente profesor Katz, al comandante Struman y a todos los demás.

Mientras marchaban pasillo adelante, Helen iba reflexionando cuán poco podría ella *confesar* sobre los secretos científicos del sabio lituano, ¡aunque la sometieran a los más refinados tormentos! ¿Y por qué esa insistencia del profesor en asegurar tal infundio?

Dos minutos después penetraba, precedida por la alemana, en un amplio despacho, donde halló una reunión evidentemente selecta.

Reconoció enseguida al eminente *herr* Sigmund Katz, una de las primeras autoridades mundiales en física nuclear. Más de una vez había visto su fotografía en los periódicos. Era quien presidía.

Junto a él, adoptando el compungido continente del «hombre acorralado y caído en la trampa», hallábase el respetable Eric Kachowsky, enjugándose la sudorosa frente.

Hasta una decena más de sesudos caballeros, todos con aspecto de hombres de ciencia, sentábanse en semicírculo frente a los otros dos. Y, en pie, vigilando en silencio el pequeño cónclave, cruzado de brazos y erguida su cuadrada y calva cabeza teutónica, se destacaba la uniformada figura del comandante Struman, de las S. S., representante del Gobierno nazi.

Cuando Kachowsky vio aparecer en el dintel a la muchacha, dejó escapar un suspiro de alivio y su rostro se animó.

El profesor Katz habló así, con una irónica sonrisa en los labios:

—Sírvase tomar asiento junto a su jefe, *Miss Ferguson*. La reclama con verdadera ansia, y estamos viendo que no hay modo de llegar a nada concreto sin su presencia.

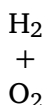
—Por favor, aquí a mi lado —moduló Kachowsky, frotándose nerviosamente las manos—. Trabajaremos como de costumbre, *Miss Ferguson*.

Por mucha que fuera la sangre fría de la agente del F. B. I.

, la situación resultaba como para desconcertar a cualquiera. ¿Qué procedía hacer, cuáles serían las *costumbres* de trabajar del profesor, mentidas respecto a ella? Desde luego, comprendía que el hecho de verse introducida inopinadamente en el mismísimo meollo de la organización atómica del país enemigo, podía facilitarle valiosísimos informes..., si es que algún día le era dable trasmitirlos a sus superiores del Servicio Secreto norteamericano.

—¿Tiene la estilográfica? —añadió Kachowsky—. Ordene estas notas que acabo de tomar, por favor. Aquí tiene también cuartillas en blanco.

Procurando no mostrar en su rostro la menor vacilación, Helen Mitchell tomó asiento junto a «su jefe» y procedió, en efecto, a recoger las cuartillas esparcidas sobre la mesa. Al echar una rápida ojeada sobre la primera de ellas, la muchacha vio encabezadas las consabidas *notas* por la fórmula siguiente:

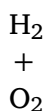


Y a continuación, en la garrapateada y casi taquigráfica letra del sabio, pudo leer el siguiente apunte:

«Siempre a mano, no lo olvide».

Levantó los ojos hacia el profesor y pudo ver como éste le dirigía una sonrisa... que a ella le pareció harto significativa.

Repasó Helen rápidamente las otras cuartillas, comprobando que en todas ellas destacaba la misma ecuación química:



.

Cualquier estudiante de los primeros cursos de bachillerato podía saber que se trataba de la vulgarísima fórmula del bióxido de hidrógeno o agua oxigenada. ¿Todos los *secretos* del sabio serían como éste?

«Preparada, a mano», repetía una nueva nota, con letra de grueso trazo.

Por el pensamiento de Helen cruzó la sospecha de si el nerviosismo del ínclito profesor no lo habría llevado a caer en una lamentable chifladura.

En este punto de sus rápidas reflexiones, la joven oyó cómo el profesor Sigmund Katz, presidente de aquella pequeña asamblea de sabios, tomaba de nuevo la palabra, continuando, sin duda, la peroración que debió de quedar interrumpida a la entrada de la «secretaria»:

—Y bien, mi distinguido colega —se dirigía a Kachowsky—, para nosotros, los hombres de ciencia, no existen fronteras, ni la palabra «patria» tiene el mismo valor que el vulgo le da. Trabajamos para la Verdad, para el Porvenir... Esta guerra es un mero episodio incidental en la Historia del mundo.

Asentían con el gesto los demás sabios, y el bendito Kachowsky movía también la cabeza afirmativamente, adoptando ahora un gesto de bienaventurado.

—... Lo recibimos con los brazos abiertos, *herr* profesor. Su sabiduría y sus planes hallarán aquí un campo sin límites para desenvolverse. Esperamos, en fin, su comprensión y su buena voluntad.

La voz metálica del comandante Struman sonó, con mayor aire de apremio, para remachar la conminatoria petición:

—Sabemos que su estancia en los Estados Unidos era puramente casual al estallar la guerra. Conocemos también su pura ascendencia aria. La Gran Alemania se honrará admitiendo en su seno a un hombre como vos, cuya madre fue alemana.

Kachowsky dejaba ver en su rostro una complacida y tímida sonrisa de conejo. Y se atrevió a hablar:

—Por Dios... Háganse cargo, estoy aturdido. Sin duda exageran mis posibilidades, mi capacidad. Ignoro, concretamente, cuáles son los progresos físico-atómicos de la actual ciencia alemana. Quizá tardaré algún tiempo en adaptarme a sus *secretos* experimentos.

Allá en América... posiblemente se siguen otros caminos.

Como distraídamente, había dejado correr la pluma sobre una nueva cuartilla, que apartó luego a un lado, dejándola al alcance de su «secretaria». Esta pudo leer:

«Lo más importante,

H₂

+

O₂

. La necesito, urgente».

—... Reconozco, amigos míos —proseguía el lituano—, que para mí carece de importancia el poseer la ciudadanía norteamericana...

«Traidor..., además de cobarde», dijo el pensamiento de Helen.

—... En fin, estoy dispuesto a colaborar...

—Lealmente —interrumpió la voz estentórea del comandante de las S. S—. La lealtad sin reservas es condición ineludible exigida por nuestro Führer... *bajo la máxima sanción, en caso de perjurio.*

—Conforme, conforme...: —corroboró Kachowsky, sin perder su sonrisa.

La mirada del profesor Katz dirigióse ahora hacia «Miss Alexis Ferguson», y los ojos de todos los presentes siguieron igual trayectoria.

—En cuanto a usted, señorita...

Kachowsky se permitió interrumpir, con alguna mayor viveza que de ordinario en él:

—Déjenlo de mi cuenta, señores; yo sabré convencerla. Miss Ferguson es una muchacha moderna, libre de preocupaciones trasnochadas, perfectamente idónea; en fin, para seguir desempeñando su misión junto a mí. La conozco a fondo. No creo que dé más importancia a su nacionalidad adoptiva británica que yo a la mía norteamericana.

Helen tragó saliva, mientras oía añadir al comandante Struman, con su habitual rudeza militar:

—No tiene opción, además. Necesitamos, en absoluto, que siga junto al profesor Kachowsky, trabajando con igual asiduidad y entusiasmo que hasta ahora. Cualquier negativa o reparo por su parte..., tendría las desagradables consecuencias que ya podrá imaginar.

El profesor Katz se levantó de su butaca, como dando por

terminada la reunión, y los restantes caballeros le imitaron. Todos vinieron a estrechar elusivamente la mano del valioso «colaborador», que sonreía a sus colegas con gesto ingenuo.

Helen habíase retirado dos pasos, quedando un poco apartada. No había pronunciado una sola palabra.

—Le conduciré al gabinete que se le destina, profesor Kachowsky —habló Katz—. Venga usted también, *Miss Ferguson*. Mañana, amigo mío, comenzaré a mostrarle las instalaciones y laboratorios.

Diez minutos más tarde, Kachowsky y Helen hallábanse sentados frente a frente, solos en el amplio despacho, o gabinete, que en adelante había de constituir el centro de su trabajo.

Fue a hablar Helen la primera:

—Ante todo, profesor, he de preguntarle...

Él la atajó, mostrando por segunda vez rápida decisión.

—Espere. Ante todo—..., ¿ordenó usted mi notas?

Al mismo tiempo, puso ante ella otra cuartilla, en la que la muchacha no vio ecuación ni fórmula ninguna, sino la frase siguiente:

«Todo cuanto hablemos, es espiado, no lo olvide».

—Pues bien, querida *Miss Ferguson* —continuó él, con inocente y complacido semblante—, por mi parte debo añadir algo a lo que oyó en boca del profesor Katz y del comandante Struman. Le confieso que, en mi fuero interno, me siento muy a gusto aquí. Me asqueaba el ambiente gregario del país de los yanquis.

En respuesta a estas fraseé, Helen no pronunció palabra ninguna «que pudiera ser oída». Pero sus labios se movieron en silencio, de forma que la modulación fuese advertida claramente por su interlocutor.

—Ca... na... lla... —Pudo entender éste.

Pero Kachowsky no mostró inmutarse. Por el contrario, todo lo que hizo fue mostrar en su rostro un gesto de asentimiento, como si la joven le hubiese dirigido un discreto requiebro. Y continuó:

—No le extrañe, pues, *Miss Ferguson*, que desde hoy en adelante le exija, por decirlo así, sería fidelidad. Nada de sentimentalismos patrioterros. Me vería obligado a denunciarla, sépalo, si observase en usted la menor fluctuación.

Hubo un breve silencio, que rompió al fin la «secretaria», con

tono rabiosamente mordaz:

—Llevo ya *mucho tiempo*, mucho, trabajando con usted, *herr* profesor. Espero seguir haciéndolo... *con la misma eficacia que hasta ahora*. No tendrá queja, se lo aseguro.

—¡Magnífico! Sus conocimientos me resultarán inapreciables. Sabe usted mucho mucho...

Mientras Kachowsky dejaba escapar una intempestiva carcajada, Helen vio una nueva cuartilla ante sí, en la que el profesor terminaba de la siguiente manera la frase laudatoria que acababa de pronunciar:

«... Mucho más que yo, jovencita».

Helen arrugó el papel y miró al lituano con gesto de máximo enojo. La broma le parecía de pésimo gusto. ¡Vaya, que el distinguido sabio se sentía con humor suficiente para chancear a base de la segura incompetencia de su falsa «secretaria»..., a la que él mismo había obligado a continuar asumiendo aquel absurdo papel a su lado!

Levantóse la joven, y él agregó:

—¡Ah!, recuerde bien la fórmula que habrá visto repetida varias veces en mis notas. La necesito, ¿sabe? ¡Y es uno de mis secretos atómicos!

Otra nueva chanza, a no dudar: calificar de *secreto químico* el agua oxigenada.

—Está bien, no se me olvidará —respondió con gesto de hastío.

Kachowsky había pulsado un timbre, y en la puerta apareció la misma *fraulein* que antes la acompañara.

—Hasta mañana, *Miss Ferguson*. Comenzaremos a trabajar a las ocho. Mejor dicho, lo que hará mañana será acompañarme en mi primera visita a los laboratorios..., para tomar ambiente. *Procure fijar bien en la memoria todo cuanto vea, y cuanto oiga*. Sé el interés que siente usted por la moderna física nuclear.

La principal idea fija que dominó durante el resto del día a la agente del

F. B. I.

, sola en su cuarto, fue la siguiente:

¿Cómo y cuándo ponerse en contacto con algún enlace de su organización?

Le parecía poco menos que imposible, dada la clausura en que

iba a encontrarse, vigilada estrechamente, como sin duda lo estaría, por los sabuesos de las S. S.

En cuanto a la manía u obsesión del profesor en conservarla a su lado, seguía no encontrándole sentido. Y acabó por encogerse de hombros a tal respecto. Trataríase de una de tantas genialidades, o mejor, chifladuras, del insigne y despistado supersabio.

Cuando al mediodía siguiente Helen y «su jefe» dieron por terminada su primera visita a los laboratorios de experiencias nucleares, la muchacha llevaba en su pensamiento la segura certeza de que si algún día le era dable comunicar a sus superiores del Servicio Secreto americano las observaciones que había podido llevar a cabo, la información resultaría valiosísima. Por relativamente limitados que fuesen los conocimientos que ella poseía sobre física moderna, bastaban para hacerle comprender lo dicho.

Otra sorprendente idea había nacido en su mentí, durante el recorrido de las instalaciones. Era la siguiente:

Sin que pudiera razonar el por qué, sentía la vehemente sospecha de que el eminente Eric Kachowsky mostraba una extraña reserva a la vista de los complicados aparatos e instrumentos... ¡y Helen intuía que tal reserva se parecía mucho a la ignorancia!

Durante todo el tiempo que duró la visita, Kachowsky se limitó a asentir siempre a todo cuanto Sigmund Katz manifestaba, sin expresar nunca una sola idea personal.

Para remachar más tal temeraria sospecha, he aquí que el profesor le había entregado subrepticamente dos cuartillas, cuyo contenido resultaba en verdad sorprendente.

«Anóteme usted cuanto sepa respecto al *deuterión neutro*. Urgente», rezaba una de ellas.

«Prepáreme amplia información sobre la *teoría neoatómica de Klaptoff*», decía la segunda.

¿Es que al sabio le fallaba ahora la memoria? ¿Qué podría informarle ella, con sus conocimientos sin duda superficiales sobre la materia, por mucho que se hubiese especializado en física allá en la Academia de Quantico?

Dos o tres veces, durante el recorrido, y mientras fingía permanecer absorto ante el imponente instrumental, el profesor deslizó en el oído de su «secretaria» la porfiada pregunta, aprovechando algún momentáneo alejamiento de sus acompañantes:

—¿Trajo usted eso?

Pudo ella responderle al fin:

—¿El

H₂

+

O₂

?... Conservo el frasco en mi maletín.

Él amagó un gesto de impaciencia.

—¡Entréguemela cuanto antes, criatura!

No hablaron más.

Por la tarde les fue permitido salir a pasear y orearse al pequeño bosque de abetos y araucarias, vallado, que circundaba el pabellón.

Helen marchaba apartada del profesor. El profundo desprecio que hacia él sentía hacía repugnar toda conversación. Por otra parte, la presencia, no demasiado lejos, de los armados centinelas de las S. S., que paseaban a la otra parte de la valla alamburada con espinos metálicos, contribuía a dar a la escena un sello de «prisión atenuada».

Kachowsky, por su parte, mostrábase a todas luces optimista. Sentóse al pie de una frondosa araucaria, y abordó así a su «subordinada»:

—Ah, Miss Ferguson: ¿trajo por fin *aquello*?

Sin responder palabra, aproximóse ella y le entregó disimuladamente el pequeño frasco con la concentración del bióxido hídrico, que el sabio recogió sonriente.

Lo que a continuación pudo observar Helen no hubiera sabido decir si le produjo hilaridad o indignación. Vio como «el sabio», con sumo sigilo y conservando siempre oculto el frasco, iba empapando con el agua oxigenada pequeñas torundas de algodón en rama que traía preparadas, y con ellas impregnaba una y otra vez la raíz de sus dorados cabellos, con ademán que, desde lejos, no podría ser identificado por los vigilantes de las S. S.

¡Así, pues, toda la obsesiva y porfiada petición del insigne hombre de ciencia solicitando el vulgar ingrediente —al que llamó la víspera *secreto atómico*—, obedecía, según ella estaba viendo ahora a una especie de ridícula e incomprensible coquetería masculina, puesto que el rutilante color oro claro de los cabellos de *herr* Eric era... químicamente puro!

Cuando el profesor terminó su disimulada manipulación, levantóse de bajo el árbol y fue aproximándose, con paso distraído,

hasta la alambrada, junto a la cual marcaba su paso militar el tieso guardián uniformado.

—Hermosa tarde de verano, *Miss Ferguson* —moduló Kachowsky, con tono melifluo—. El ambiente y el paisaje son de pura égloga: el verde y extenso prado, el frondoso bosque de coníferas al fondo, las vacas pastando allá mansamente, el cernido sol...

—¡Incomparable! —Corroboró ella, con tono violentamente sarcástico—. Resulta un bello telón de fondo, para un hombre tan deliciosamente juvenil como usted.

Y miraba con descaro sus teñidos cabellos.

Él se alisaba el peinado, como si tal cosa. Y añadió:

—Mire usted aquella pareja de campesinos, hombre y mujer, que vienen hacia acá. Deben de ser granjeros de los alrededores. Fíjese en sus tipos y en su indumentaria. Parecen dos estampas arrancadas de un cuento de Anderson. ¿No lo cree así?

El guardián de las S. S. miraba también ostensiblemente hacia las dos figuras, ya próximas. Y avanzó hacia allá.

La campesina habíase detenido, mientras su acompañante seguía con lento paso la senda que discurría junto a la cerca.

Vio Helen como entre la granjera y el centinela entablaba un movido diálogo..., por señas. Poco después, el germano, bastante descompuesta ya su apostura militar, enarcaba la cintura de la moza, intentando darle un beso, mientras ella reía alborozada.

El danés, entre tanto, había continuado avanzando, sin volver la cabeza, desentendido de cuanto ocurría a sus espaldas. Su aspecto y sus vestiduras eran, en efecto, los del típico granjero báltico. Sobre su hombro derecho descansaba una larga pértiga, de cuyos extremos pendían sendos cubos llenos de leche.

Cuando llegó junto a Helen y el profesor, que permanecían ahora acodados sobre la verja, saludó el hombre en su idioma. Helen pudo entenderlo, merced al conocimiento de las lenguas bálticas que en la Academia le habían proporcionado.

Se había detenido, y de pronto manifestó, mirando a otra parte, y siempre en su lengua danesa:

—Las grullas vuelan altas esta tarde.

Helen paseó sus ojos por todo el ámbito del plomizo firmamento y no pudo observar rastro de bandada alguna.

Y de pronto oyó responder al profesor, con voz ambigua:

—Sí..., he contado veintisiete.

La agente del

F. B. I.

sintió un latigazo en sus nervios; porque el *estilo* del inesperado diálogo le resultó, con fulminante intuición, hartamente significativo. No en vano obtuvo el máximo de puntuación en la asignatura de «Lenguaje simulado», allá en Quantico.

Ni siquiera se atrevió a mirar ahora al *profesor*.

El granjero añadió, con el mismo aire vago que antes, señalando los baldes que se balanceaban colgando de los extremos de la pértiga:

—Leche acabada de ordeñar, señores, caliente aún.

El profesor Eric Kachowsky, con desenfado además, quiso, sin duda, comprobar la tibia temperatura del líquido, por el nada limpio procedimiento de introducir la mano en el cubo, pasando el brazo a través de la alambreada.

Helen no había necesitado que le indicaran cuál era el papel que le correspondía en la presente escena: dedicaba toda su atención a vigilar con cien ojos a la retozona pareja de la granjera y el centinela, que continuaban entregados a su ingenuo juego.

Sin verlo, Helen sabía que el «profesor» sacó la mano del cubo... no sólo mojada de leche.

—¿Tu nombre? —Oyó que preguntaba rápidamente su compañero.

—Nils Hojden, de la granja «Sol del Norte».

—Bien. Dad ya la señal: dentro de dos días, a las doce en punto de la noche.

—¡Cuidado! —avisó Helen.

El vigilante de las S. S., advertido de la presencia del danés junto a los dos reclusos, acudía rápidamente, abandonando su escarceo amoroso.

El llamado Nils siguió adelante con cachazudo paso, mientras la blonda bornholmesa continuaba haciendo carantoñas, desde lejos, al germano, que sonreía bobaliconamente con su rubicunda faz de medialuna. Por fin, la moza se unió a su acompañante, y ambos se perdieron camino del bosque.

Kachowsky seguía apoyado de brazos sobre la baranda, con su

sempiterno gesto de hombre distraído.

Helen se acercó a él, y le tocó con el codo, sin mirarle.

—Debo confesar mi insigne estupidez —moduló en voz baja—, y pedirle a usted perdón.

El «profesor» continuaba contemplando el paisaje.

—Qué sorpresas reserva a veces la vida campesina —dijo—. ¡Quién iba a imaginar que dentro de un cubo de leche recién ordeñada iba a hallarse una bomba de fósforo gelatinoso concentrado, capaz de incendiar media milla en redondo!

Cuando la muchacha se repuso totalmente de su asombro, habló de nuevo así:

—He de considerarme a sus órdenes, según ya veo. ¿Sabe mi nombre?

Su compañero le dirigió una mirada de repulsa, y la joven comprendió enseguida que había caído en patente falta, según las normas del *Bureau*. Porque un agente del

F. B. I.

nunca debe dar ni pedir el nombre, aun tratándose de compañeros de la Organización.

Y se limitó a decir, a continuación:

—Soy la agente auxiliar N. Y. 311.

—Perfectamente —manifestó él—; puede ya saber que trabaja en colaboración con W. 604.

Después de un breve silencio, el supuesto profesor Kachowsky añadió:

—Atienda ahora bien a cuanto voy a decirle. Procuraré informarla brevemente. Hubiera sido preferible que usted continuase desconociendo mi verdadera personalidad, pues ya sabe que ésa suele ser la norma en nuestro Servicio; pero las cosas han venido de otra manera.

A una seña de él, ambos fueron a sentarse bajo la copa de la frondosa araucaria.

—Supongo que nuestros simpáticos sabios germanos no habrán instalado un aparato receptor con cinta magnetofónica en el interior de cada tronco de árbol. —Rió, de buen humor, mientras golpeaba el leño con el puño—. Vaya escuchando, muchacha: usted y yo hemos sido designados para este servicio por distintos motivos. En cuanto a mí, la elección fue debida a que entre todos los agentes del F. B. I.

, era yo quien físicamente guardaba un mejor parecido con el lituano Kachowsky. Aun así, tuve que someterme a la intervención del técnico en plástica quirúrgica de nuestra Organización, el cual me rebajó el caballete de la nariz, me recortó un poco las orejas y realizó otras cuantas herejías con mi cara hasta dejarme presentable, es decir, fotogénicamente confundible con el sabio

profesor. Además, yo soy moreno y él rubio pajizo. Me tiñeron el cabello a conciencia, para una buena temporada; mas como el pelo crece, debo vigilar las raíces de éste, que aparecerían negras. De aquí mi especial interés por el agua oxigenada, que Morrison ya hizo colocar en su maletín.

Rió Helen de buena gana, recordando sus extemporáneas reflexiones sobre el

H₂

+

O₂

.

—En cuanto a usted, la designación fue debida a sus relevantes cualidades personales, y, sobre todo, a sus amplios conocimientos en física moderna. Porque, sépalo, yo soy poco menos que un ignorante perfecto en esa materia. Usted figura como mi «secretaria»; pero, en realidad usted es «la sabia» y yo el doctrino. ¿No ha notado los equilibrios que me veo forzado a hacer, ante Katz y los demás? Por eso la necesitaba siempre a mi lado. Esta mañana por ejemplo, me vi y me deseé para no quedar en evidencia cuando me pidieron mi opinión sobre *la teoría neoatómica de Klaptoff* y sobre *el deuterión neutro*. Desconozco, en absoluto, en qué consisten ambas cosas. Salí del apuro, ya lo vería usted, recurriendo a un procedimiento que siempre resulta infalible, aunque trate uno con sabios: le dije a Katz que estaba totalmente de acuerdo con él en las teorías formuladas respecto a los dos puntos. ¡Y el hombre se puso muy contento!

Helen manifestó, después de reír de nuevo.

—Tendrá usted un concepto lamentable de mí, después de verme actuar con tan poca perspicacia, el hecho es que hasta hace un momento no cruzó por mi pensamiento la menor sospecha respecto a su doble personalidad.

—Esto me satisface, pues demuestra que estoy representando bien mi papel de «sabio en la Luna». En lo tocante a su actuación personal, deseche la preocupación. Puedo asegurarle que pocas muchachas hubieran sido capaces de mostrar tanta entereza como usted, en una situación como la presente y tratándose de su primera «salida».

Sosteníanse los dos la mirada cálidamente, y ambos tuvieron que

recordar, a un mismo tiempo, la regla o prohibición terminante que existe entre el personal afecto al Servicio Secreto, *de entablar flirteos dentro del Cuerpo*.

—Debo decirle —prosiguió el agente— que nuestro servicio de contraespionaje tenía noticia del propósito que abrigaban los nazis de apoderarse del sabio lituano. Fue muy indicado darles «facilidades» para que lo consiguiesen. Sólo que en vez de cazar a Kachowsky, fui yo quien caía en sus manos..., junto con mi dilecta secretaria. Y aquí estamos los dos, introducidos en el epicentro de las *armas secretas* del enemigo.

Cambió ligeramente de tono, para añadir:

—El entrar en el «Recinto Encantado de los Misterios Atómicos», ha resultado relativamente sencillo. ¡Lo difícil va a ser salir, muchacha, y salir indemnes! Y si no logramos escapar..., por lo menos uno de los dos, nuestras preciosísimas adquisiciones restarán perfectamente estériles, puesto que no llegarán a conocimiento directo del

F. B. I.

El peligro personal que corremos es lo de menos.

—Puedo asegurarle —manifestó ella, enardecida— que me produce verdadera e íntima satisfacción el comprobar que no es un *slogan* aquello de que... *la muerte nos acecha en cada minuto*. Me sentí bastante desilusionada, se lo confieso, cuando el jefe Morrison me explicó la clase de servicio a que se me destinaba.

—Morrison ya lo imaginaba, y me lo dijo. Pero no divaguemos, pues el asunto que nos han concedido no durará mucho. Quiero que conozca cuál es la línea de actuación que provisionalmente vamos a seguir. Ya ha visto con cuánta suerte nos ha sido dable ponernos en contacto con los patriotas de la Resistencia danesa. El nombre de Nils Hojden figuraba en la lista que allá me dieron, como uno de los elementos más valiosos y seguros. Ya sabe el «regalo» que me ha traído. Esta bomba de fósforo gelatinoso la llevaré siempre encima, gracias a su tamaño y a la holgura de mi chaqueta. La cantidad de materia incendiaria que contiene basta para destruir cualquiera de estos pabellones, y quizá el fuego alcance a los contiguos. Procuraremos escoger una de las instalaciones más importantes; por ejemplo, aquella donde tienen montado el *ciclotrón*. Pero el uso de nuestro artefacto tendrá un objetivo más amplio que este de

destruir parcialmente las instalaciones atómicas. Ya me oyó usted decir a Nils Hojden que podía *dar la señal*. Me refería a la consigna por la radio clandestina, para que nuestra aviación acuda a visitarnos el día y hora exacta que yo dije: *pasado mañana, a las doce en punto de la noche*. A esa misma hora, yo haré estallar la bomba de fósforo, y el incendio servirá de *faro* a los bombarderos. Y éstos no dejarán más que tierra calcinada en media milla, o más, de radio.



Guardó de nuevo silencio un instante, para añadir:

—Será muy difícil, por no decir imposible, que podamos escapar nosotros del general achicharramiento. Por lo menos yo, que he de actuar, por decirlo así, *de fulminante*. En cuanto a usted le aseguro que desde que la tengo a mi lado, no hago otra cosa que darle

vueltas a mi imaginación para hallar el modo de alejarla de estos lugares a la hora crítica.

De nuevo volvieron a mirarse ambos, serio él, pero sonriente la joven.

—Le aseguro firmemente, compañero, que no me aterrorizan en lo más mínimo sus palabras. Al contrario, ahora es cuando comienzo a experimentar con toda intensidad «la nueva vida» que buscaba. Resulta, pues, que al acercarse la medianoche del miércoles, será ya absolutamente cierto que podré esperar *la muerte en cada minuto*. ¿No es así?

Y continuaba sonriendo.

—¡Es usted muy valiente, muchacha! —Le cogió una mano—. Tengo que dominar la tentación de pedirle su nombre...

—Helen —moduló ella con efusión, faltando deliberadamente a la regla.

—Helen... —repitió el hombre sin mirarla, y sin intentar reconvenirla—. Bonito nombre... para una muchacha a quien no tuviese que acechar la muerte tan pronto.

Se levantó, y la joven vio en su rostro el esfuerzo que él hacía para seguir hablando... «el agente W. 604».

—Acabaré de explicarle mi plan —manifestó cambiando de tono—. Me va a resultar muy difícil seguir engañando a Katz y a los demás, si debo continuar sometido a su tiroteo de frases técnicas sobre la materia atómica. Les diré que me dejen libre, pues necesito ordenar mis notas con tiempo, para una conferencia que quiero darles respecto al dichoso *deuterión neutro*, que parece interesarles extraordinariamente. He señalado dicha conferencia *para pasado mañana a las once de la noche*; y supongo que siempre vendrán a ser las once y media cuando desapareceré. Ya habrá usted adivinado lo que me digo. Todos los sabios, pequeños y grandes, han acudido al gabinete anejo a la cámara del capitán, ansiosos de escuchar las opiniones del gran Kachowsky. ¡Y allí estarán todos muy en su punto, para freírlos, sin dejar ni uno, en su propia salsa! Será un servicio magnífico para nuestra patria el privar a Alemania de sus principales cabezas en la defensa atómica. Si escapan de mi bomba de fósforo, caerán inexorablemente bajo el fuego y la metralla de los aviones, que vendrán, sin duda, en gran número. La cámara ciclotrónica está en el mismo centro de las extensas instalaciones.

Nadie podrá huir.

—Y usted caerá con ellos.

—La vida de un oscuro agente del Servicio Secreto poco vale comparada con el éxito de tal empresa. No ignoro que tengo una probabilidad contra mil de escapar con vida. Sé que mi nombre permanecerá incógnito en la aventura. ¡Pero acepto con orgullo y entusiasmo la callada misión, de la que depende quizá la vida de millones de mis compatriotas!

No había fatuidad ni vanagloria en sus palabras. Sólo la heroica y viril expresión del espíritu del Cuerpo al que pertenecía.

—En cuanto a usted, muchacha, ya le he dicho que me esforzaré en alejarla de mi lado en aquellos momentos. El profesor Kachowsky no necesitará esa noche que su «secretaria» le ordene los apuntes para la conferencia.

—Le aseguro, compañero, que compartiría con fruición el absoluto riesgo.

Él la miró largamente, y repuso:

—Son órdenes, compañera. Respecto al extremo concreto de que estamos tratando, yo soy el superior y usted la subordinada. Y mis órdenes terminantes para esa noche son éstas, que desde ahora no debe ya olvidar: quedará usted en nuestro gabinete reservado, cuando sariga yo para «la conferencia». Dicho gabinete está situado en el extremo de las instalaciones. Vigilará usted el imponente movimiento y la confusión que sin duda surgirá en las falsas granjas, en cuanto explote mi bomba y al mismo tiempo vean aparecer la aviación. Quizá la confusión puede ser tal, que llegue a resultarle factible salir del recinto y burlar la vigilancia de las S. S., huyendo hacia el bosque, a través de este mismo jardincillo en que ahora estamos. Si logra escapar, no se detenga aquí cerca; huya lo más lejos posible, pues al peligro de nuestra aviación, que asolará los alrededores, habrá que añadir, quizás, el de la radioactividad que desprenderán las pilas atómicas, si revienta el *ciclotrón*. Procurará buscar la granja «Sol del Norte», que cae hacia el Oeste, a unas dos millas y media, y pedir auxilio a Nils Hojden y los suyos. Acaso ellos puedan facilitarle la escapatoria por mar, hacia Suecia.

Estaban ahora los dos en pie. El agente terminó:

—Creo que no he dejado de darle ningún detalle importante. Y allá viene ahora, muy en su punto, nuestra simpática *fraulein*, a

avisarnos, sin duda, que nuestro «recreo» ha terminado.

En efecto, la vigilante alemana se acercaba, con su paso hombruno.

Helen aun pudo estrechar rápidamente la mano de su compañero y ya verdadero jefe.

—... Si, mis selectos colegas: con gran satisfacción podré darles ahora minuciosos detalles respecto a este interesante tema del *deuterión neutro*. Allá en América, se ha trabajado mucho y bien en tan trascendental materia. Todos sabemos que de su dominio depende en gran parte el progreso de las armas atómicas, cuya realización en el presente año mil novecientos cuarenta y tres no ha alcanzado todavía ninguno de los beligerantes. ¡Y quien lo logre será el vencedor!

En las sabías y cuadradas cabezas de los reunidos —impacientes, en verdad, por conocer los «secretos del deuterión neutro» que el gran Kachowsky tenía que revelarles—, iba creciendo el desasosiego, porque hacía más de diez minutos que estaban oyendo divagar a su ilustre «colaborador», sin que le vieses *entrar en materia*, dando vueltas siempre a los mismos lugares comunes. Los sesudos físicos comenzaban a sentirse nerviosos, y Katz más que ninguno.

El falso Kachowsky miró de nuevo el reloj eléctrico situado en la pared frontera, sorbió el vigésimo buche de agua y ordenó con minuciosa parsimonia, también por enésima vez, sus cuartillas en blanco.

La situación era acuciante. No había contado con la proverbial exactitud teutónica, y el hecho fue que diez minutos antes de las once, pasó el insigne Sigmund Katz en persona a recogerlo a su gabinete para llevarlo a la reunión o conferencia. Así, por más que había procurado remolonear, el hecho era que a las once y diez minutos se vio ya en la mesa de conferencias, cuando él esperaba dejar pasar las once y media para ocupar el estrado.

Y el reloj marcaba en este momento las once y veintidós minutos. Faltaban, por lo tanto, treinta y ocho para *la hora*...

Prosiguió:

—... Amigos míos, veo con íntima complacencia que no se halla ausente ni uno solo de los hombres de ciencia que colaboran en este centro de investigaciones. ¡No sabéis cuánto me satisface esto! Ni uno solo quedará..., sí, ni uno solo dejará de conocer los secretos del *deuterión neutro*. Cerrada la puerta, diríase que estamos aquí preparándonos para el momento final: el de dominar el átomo. Sí, el

final va a llegar, no lo dudéis...

El fárrago continuó. Pasados unos minutos más, Sigmund Katz no pudo reprimir ya su impaciencia y se levantó para manifestar:

—Querido Kachowsky, creo interpretar el sentir de todos los presentes, rogándole que suprima toda digresión y entre de lleno en el tema central de la conferencia. Estamos ansiosos por verle desarrollar sus fórmulas en la pizarra.

El «conferenciante» decía ahora:

«¿... Las once y treinta y dos. Tendré que adelanta? Los acontecimientos. Pero le dije a la muchacha que la explosión no sería antes de las doce en punto. Se hallará desprevénida...».

Katz añadió, viéndole titubear:

—¿Acaso le convendría la presencia de su secretaria, para mejor ordenar sus apuntes?

—¡No, en modo alguno! —se apresuró a manifestar el falso profesor—. Compréndanlo: los secretos más peligrosos no se los confío a ella.

Hízose de nuevo el silencio.

El sedicente sabio, tomó una decisión súbita: llevó su mano al bolsillo interior de su amplia chaqueta y extrajo un paquete de forma paralelepípeda, envuelto en blanco papel, y lo colocó sobre la mesa, junto a las cuartillas.

El movimiento fue seguido con expectación por todos los presentes.

Sonrió él, paseando la mirada por la reducida asamblea. ¡Que se impacientasen cuanto quisiesen! Ahora su actuación resultaba clara: prolongaría su huera verborrea todo el tiempo que le fuera posible, y en cuanto viese que alguno de los reunidos intentaba abandonar el local, lanzaría la bomba... ¡y Dios con todos! El incendio no podría ser apagado pronto, y la aviación tendría, de todas maneras, *su faro*.

Pero aquella muchacha, que debería estar pendiente también del reloj...

Tomó de nuevo la palabra, mientras acariciaba con su diestra la empaquetada bomba:

—La expresión técnica de mis fórmulas será mucho más rápida de lo que ustedes se figuran. Quizá... desearía darles *una demostración práctica*... ¡Algo que les deje para siempre

convencidos!

Ocurría ahora una cosa extraña, que ninguno de los presentes había dejado de notar: el *profesor Kachowsky* había abandonado por completo su habitual y tímido tono de voz, sus ojos brillaban intensamente, cual si desafiase a la concurrencia; balanceábase en el sillón, mientras sus dedos pulgares se sujetaban en las sisas del chaleco. La postura y el talante del hombre resultaban de chocante desenfado, para tan *seria* conferencia.

—... Hijos míos, esto es formidable... —añadió, ya con clara socarronería.

Katz se levantó.

—Un momento, profesor Kachowsky. En los ojos de mis compañeros estoy leyendo la sospecha, que es también la mía, de que usted no se halla dispuesto, o bien duda, en exponernos la totalidad de sus conocimientos sobre el *deuterión neutro*. Si esto fuera así... resultaría grave, profesor.

El agente lo miró de arriba abajo, mientras pensaba:

«Ha llegado, pues, el momento. Son las doce menos veinticuatro minutos».

Sin que le temblase la mano, comenzó a desenvolver su mortífero paquete.

Y se acordó de Dios.

Pero no tuvo tiempo de rezar...

Inesperadamente, la puerta se había abierto de golpe y en ella aparecieron dos figuras: Helen Mitchell y el comandante Struman.

El agente secreto se había puesto en pie. Su mano apoyábase sobre el artefacto a medio desenvolver, colocado aún junto a las blancas cuartillas.

En los ojos de la muchacha creyó leer la advertencia de alguna grave amenaza. Y en la presencia del militar alemán intuía el agente del

F. B. I.

que aquélla debería provenir de él.

El jefe nazi se adelantó hacia la mesa del conferenciante, entre la sorpresa de los reunidos. Helen quedó junto a la puerta, a través de la cual entreveíanse los uniformes de una pareja de las S. S.

—Permítanme, señores —habló Struman con voz segura—. Siento tener que interrumpir la sabía conferencia. Pero es preciso

aclarar ciertos extremos.

El falso conferenciante le sostenía con firmeza la mirada. Estaban ambos separados tan sólo por la ancha mesa; pero el agente secreto ocupaba una posición ventajosa, por hallarse sobre la tarima.

—Existen algunas dudas, profesor Kachowsky —habló de nuevo el alemán—. Han de saberlo todos: hace un instante ha llegado a mis manos la ficha de Eric Kachowsky, de treinta y cuatro años de edad, profesor lituano... La ha enviado nuestro Servicio de información. Y se da el caso peregrino de que las huellas dactilares que en ella se incluyen no se corresponden con las que aquí hemos podido recoger en el vidrio de los tubos de ensayo manejados por usted durante estos días. Además, nuestros servicios secretos afirman que el profesor Eric Kachowsky ha sido visto en los Estados Unidos, concretamente en el recinto de Los Álamos... después de llegar aquí su *desdoblada* persona.

Se había hecho un silencio agobiante. Todos los presentes se hallaban en pie.

Struman permanecía con ambas manos apoyadas de plano sobre la mesa, mientras asaeteaba con sus ojos el rostro del falso profesor.

Éste, sin perder ni un adarme de su sangre fría, asió firmemente el terrible artefacto, levantándolo en alto, y habló con voz metálica, que dominó la sala:

—¡No mueva las manos, comandante! Esto es una bomba de fósforo gelatinoso. Funciona a percusión, y aunque dispare alguien contra mí, explotará igualmente, pues bastará el golpe de la misma contra el suelo o contra la mesa. ¡Atención, todo el mundo! Puedo, a voluntad, segar la vida de todos los presentes, incluida la mía, y destruir al mismo tiempo la próxima cámara, con su instalación ciclotrónica, cuyo montaje les ha implicado tan enormes esfuerzos. Les ofrezco un buen trato: permítanme salir de esta sala, junto con la muchacha; dé usted la orden de que se retiren los dos hombres armados que hay junto a la puerta. En cambio, salvarán sus vidas y su valioso aparato atómico. ¡Decídanse pronto, pues yo ya tengo mi determinación tomada! Doy sólo dos minutos.

Era bien cierto que la sabiduría no acompañaba al valor, en el caso de los reunidos. La mayor parte de los sabios caballeros habían palidecido, e incluso cierto matemático húngaro se desplomo

víctima de un síncope. El eminente Sigmund Katz gritó, sin poder contenerse:

—¡No haga nada, Struman! ¡Déjelos salir ahora! El único enemigo peligroso y dueño de sí mismo continuaba siendo el comandante nazi. Bien lo adivinaba el agente yanqui.

Struman, en efecto, sin perder en lo más mínimo la serenidad, estaba reflexionando rápidamente así, mientras sus ojos no se apartaban de los de su enemigo:

«... ¿Dejarlos salir de esta estancia con vida?... ¡Poco van a ganar con ello! Continúan cogidos en la trampa, no pueden escapar del recinto acordonado...».

Pero el pensamiento del germano no podía intuir el verdadero propósito del joven norteamericano. Que era éste:

«... Salvar a la muchacha... Que abandone la cámara... Después, aún podré acabar con ellos...».

En cuanto a sí mismo, el agente W. 604 no dudaba de su inmediato fin. Porque estaba decidido a lanzar la bomba de fósforo, en cuanto viese a Helen fuera del alcance inmediato de la misma.

Nadie se había movido.

Instintivamente, todos los allí reunidos miraban ahora las manecillas del reloj.

«... La *muerte en este minuto...*», murmuraba el pensamiento de Helen Mitchell.

Sonó de nuevo la voz del americano:

—Faltan sólo treinta segundos en mi minuterio:

—¡Basta! —pronunció Struman—. Podrán salir.

Dio una estentórea orden, y las dos uniformadas figuras desaparecieron de la entrada del pasillo.

—¡Que nadie se mueva de donde está! —gritó el agente secreto—. ¡Salga usted primero, Helen! ¡¡Pronto!!

Los ojos de los dos se cruzaron. ¡Y ella adivinó la terrible decisión de su compañero! Y no se movió de su sitio.

—¡¡Salga ya, es una orden!! —conminó el agente—. Yo he de seguirla; se lo juro.

Retrocedió La muchacha paso a paso, y vio que el joven —levantando siempre en su mano amenazadoramente el explosivo— se deslizaba pegado a la pared, buscando también la salida.

Struman y los demás permanecían estáticos.

Helen hallábase ya a la mitad del pasillo.

—¡Corra, pronto! Ya la sigo...

La puerta de la sala de conferencias había quedado abierta de par en par. El americano, andando de espaldas, esperó el momento en que vio cómo la muchacha, ya en franca carrera, doblaba la esquina del corredor. Entonces, agachándose hasta el suelo, encogió su elevada figura y tendió el brazo con atlética furia, lanzando la bomba de fósforo en el interior de la estancia.

Una horrisona explosión, seguida de una llamarada deslumbrante, conmovió todo el recinto de las falsas granjas. Reventó el techo de la habitación, y los vidrios saltaron hechos añicos. El cielo y el paisaje quedaron alumbrados con fulgurante luz blanco-amarillenta. Crepitantes lenguas de fuego fosfórico surgieron de las destrozadas ventanas, y comenzaron a extenderse en todas direcciones, como un diabólico castillo de fuegos artificiales.

El americano había saltado hacia el recodo del pasillo, y logró quedar indemne en el primer momento.

Corrió con todas sus fuerzas. Oía a la muchacha en delantera. Ambos se animaban mutuamente con sus voces. Pero el resplandor fosfórico los deslumbraba, y tropezaban aquí y allá, en las paredes del pasillo, en las puertas, y luego en los setos del pequeño patio o parque. Vinieron a caer los dos contra los recortados cipreses que se interpusieron a su paso.

Y entonces presenciaron algo escalofriante: en el marco de la puerta de salida al patio, vieron aparecer la horrible silueta ardiente del comandante Struman, convertido en antorcha humana, profiriendo espantosos alaridos. Empuñaba su pistola, y con ella disparó por dos veces contra los fugitivos, que se habían levantado del seto y emprendían de nuevo desatentada carrera. No acertó. Viéronle caer de bruces, ardiendo sus vestidos y sus cabellos, hasta que quedó inmóvil.

Adentro sonaba el espantoso griterío de los sabios consumidos también por el fósforo abrasador. Ni uno solo pudo huir.

Las paredes ardían fragorosamente y el fuego comenzaba a propagarse a las instalaciones contiguas.

Helen y su compañero seguían corriendo, hacia los límites de la falsa granja. Sonaban gritos y órdenes confusas, y los individuos de las S. S. corrían asimismo de un lado a otro, desorientados.

—¡Quizá es posible escapar, Helen! —le gritó él—. ¡La confusión es enorme, creerán acaso que se trata de un accidente fortuito! ¡Corramos; la cámara del *ciclotrón* comienza a arder por su parte exterior! ¡Será terrible, si explota!

Alumbrados siempre por el dantesco incendio, pudieron llegar hasta el bosquecillo o jardín donde dos días antes hablaron largamente. Chorros de fósforo ardiente proyectábanse a gran distancia en todas direcciones, e indudablemente el fuego se extendería a otros pabellones.

Permanecían ahora pegados contra el suelo, no lejos de la valla terminal.

—Las doce menos nueve minutos —dijo él, consultando su reloj de pulsera, bajo la luz fosforescente—. ¡Resulta asombroso el número de cosas terribles que han ocurrido en tan poco tiempo! La aviación no tardará en comparecer. ¡Es estupendo el «faro de orientación» que les hemos fabricado!

El agente secreto dirigió su mirada hacia el prado, a la otra parte de la valla, y reprimió una exclamación de rabia.

Sobre la tupida hierba, que aparecía ahora de un color morado oscuro, veíanse formando un correcto y amplio círculo los individuos armados de las S. S., que habían establecido un cerrado cordón alrededor del recinto de las instalaciones.

—¡Nos verán, si intentados la huida! ¡No hay escape!

Pero el peligro les llegó más inmediatamente de otra parte. Por la puerta que daba a las habitaciones o gabinetes particulares, vieron aparecer una patrulla armada, dirigida por un oficial.

—¡Atención, Helen! —murmuró el agente, entre el crepitar de las llamas y las voces dadas en alemán—. Quizás éstos no sabrán nada de lo que Struman dijo. Levantémonos, y finjamos que simplemente huíamos aterrorizados por el incendio.

Hiciéronlo así. Viéronse rodeados y encañonados por la patrulla. Y el oficial que la mandaba gritó:

—¡Levantad las manos! ¡Pronto!

—¡Oh, capitán! —prosiguió el agente con voz fingidamente temblorosa, volviendo a su antigua simulación e irguiéndose tan sólo a medias del suelo—. Estamos espantados, el espectáculo es horrible...

Pero la pistola del oficial vino a apoyarse sobre su esternón.

—¡Arriba las manos, he dicho! ¡Cuidado, muchachos, son dos espías! ¡Lo advirtió hace poco el comandante Struman! No los matéis; interesa mucho hacer qué confiesen.

Con asombrosa y rápida decisión y agilidad, el agente americano saltó como un gato montés, cayendo sobre el oficial. Un certero puntapié en el codo hizo soltar a éste la pistola, que el americano recogió diestramente en el aire.

—¡Tiéndase en el suelo, Helen!

Obedeció ella. Entre tanto, las piernas del agente habían prendido las ingles del oficial alemán, en una rápida llave de *jiu-jitsu*. Un seco puñetazo en el mentón acabó con las fuerzas del germano, y un segundo después su propio revólver acababa con su vida, de un tiro en el corazón.

La lucha había sido rapidísima. Los cinco soldados de la patrulla apuntaban sus armas, pero no se atrevían a disparar contra la masa que formaban los dos cuerpos. El americano se cubría con el del oficial, a quien sus subordinados no habían muerto.

Dos seguidos y certeros disparos, surgidos de la axila del que ya era cadáver, causaron otras dos bajas mortales entre los tudescos. Los tres restantes soldados echáronse al suelo, sin dejar de disparar; pero el yanqui continuaba sirviéndose de su escudo de carne humana, y disparó de nuevo, mientras procuraba extraer del cinto del muerto otro cargador.

Retrocedía el agente buscando refugio contra la pared de madera, sin abandonar la macabra carga que le servía de parapeto, mientras los tres soldados indemnes reptaban sobre el musgo, confluyendo hacia el lugar donde aquél se agazapaba.

Pero no eran ellos solos quienes se arrastraban: también Helen Mitchell —a quien los alemanes, en mala hora para ellos, olvidaron como elemento ofensivo por tratarse de «una débil muchacha»— se deslizaba en silencio, pegada al suelo...

El agente secreto veíase ya acorralado por sus tres enemigos.

—¡Ríndete! —le gritaron, en alemán.

En aquel momento, surgió del ángulo opuesto del jardín la mortífera ráfaga disparada por la metralleta de uno de los alemanes muertos, manejada diestramente por «la débil muchacha».

Uno de los soldados se desplomó inerte. Los otros dos, enardecidos por el combate, cayeron a cara descubierta sobre el

americano. Hirió éste a uno de ellos, pero no mortalmente. Una masa rugiente, formada por los tres atléticos cuerpos jóvenes, y el del muerto, que aun servía al yanqui de parapeto, se agitaba ante los ojos de Helen, quien, tal como antes les ocurrió a los alemanes, tampoco ahora se atrevía a hacer fuego, por no herir a su compañero.

No disparaba ya ninguno de los tres hombres entregados a la bestial lucha. Era un combate de veras, con las manos como garras, a mordiscos. Pero el conocimiento de los modernos sistemas de lucha había de dar la victoria al yanqui, a pesar de que peleaba contra dos enemigos. Logró prender a uno de estos bajo el arco de sus piernas, en una clásica finta de *judo*, hasta dejarlo estrangulado. Luego pudo disparar contra el último un fulminante tiro en la nuca.

Quedó jadeante, apoyado de espaldas contra las tablas de la pared, mientras la muchacha, angustiada, abrazábase a su cuello.

—No estoy herido, tranquilícese —moduló él a su oído.

Continuaba el indescriptible fragor del incendio, y el tumulto de los desconcertados inquilinos de las falsas granjas.

De pronto, el haz luminoso de una potente linterna eléctrica vino a dejar encerrados en su círculo a los dos huidos. Desde la otra parte de la alambrada, alguien que sin duda se había dado cuenta de la reciente batalla, trataba de localizarlos.

De un rápido salto, ambos volvieron al resguardo del seto de recortados cipreses. El reflector continuó acechándolos; pero las deflagraciones del incendio, con su luz cambiante, favorecían el que pudiesen quedar ocultas las dos siluetas.

El americano asió, de pronto, la mano de su compañera:

—¿No oye usted? ¡Es la aviación, que llega ya!

Aguzaron ambos el oído. Resultaba difícil identificar el zumbido de los motores, entre la terrible balumba que allí se levantaba. Pero el agente afirmó con seguridad:

—¡Son fortalezas volantes, Helen! ¡Y que me aspen, si no vienen lo menos veinte! Se hallan bastante lejos todavía.

Más allá del bosque, a considerable distancia, vieron levantarse ahora la luminosa ráfaga de las balas de un antiaéreo.

El americano rió de buen grado.

—¡Las mariposillas acuden a la candileja que hemos encendido!

Calló, de pronto, y pasó el brazo alrededor de los hombros de su

compañera, encogidos los dos aún junto al seto de cipreses.

—Esto se acaba, Helen. Por ninguna parte hay escapatoria. ¡Pero resultará muy doloroso que sean los nuestros quienes nos quiten la vida! ¡Estamos *en el último momento*, muchacha! Óyeme: ¿conservas algunos proyectiles en el cargador que recogiste? Yo sí. Vamos a avanzar de frente contra los esbirros de las S. S., saltando la valla. No nos salvaremos; pero si matamos a algún enemigo más de nuestra patria, será ese nuestro último servicio. ¿Preparada?

Ella le besó en la mejilla.

—Helen..., se acabaron las reglas y las consignas: me hubiera casado contigo; quiero decírtelo.

—Yo también te quiero... y ni tan sólo sé tu nombre.

—Jimmy

O'Neil

, de King City, en el estado de Nevada. Si ocurriese el milagro de que te salvaras, busca allí a mi padre; él y mis hermanos se enorgullecerán de este fin mío. Fui siempre algo tarambana, ¿sabes?

—Me llamo Helen Mitchell. Mi familia vive en San Francisco de California, frente al Colegio católico de las Madres Franciscanas; allí me eduqué.

Quedaron los dos unidos en un arrebatado abrazo.

—Vamos ya. ¡Adiós, Helen!

—Te quiero, Jimmy. ¡Adiós!

Pero no pudieron llevar a cabo su designio. En aquel segundo, una luz cegadora, un calor abrasante, que les ahogó, y un estrépito sólo comparable a lo que pueda imaginarse como el fin del mundo, dejóles casi sin sentido. Súbitamente se había hecho de día, o así venía a parecerlo. Del centro de las instalaciones elevábase una nube radiante, de extraña figura fungiforme. Pero Helen y Jimmy no pudieron verla, de momento; permanecían cegados, respirando fatigosamente el aire abrasador.

Un extraño silencio había sucedido a aquel *cataclismo*. La temperatura descendió de nuevo a lo normal.

Jimmy, sin abandonar la mano de su compañera, moduló:

—Es la radioactividad. Ha explotado el *ciclotrón*, con sus pilas atómicas. Creo, según la dirección de la onda explosiva, que las próximas paredes habrán hecho que nos llegue muy aminorada la radiación peligrosa para el organismo. ¿Continúas sin ver, como yo?

Esto pasará pronto.

El zumbido de los motores de aviación iba creciendo ahora. Y comenzaron a levantarse en los extremos del recinto los disparos de varios antiaéreos instalados ocultamente entre las edificaciones.

—Sígueme, Helen —dijo él—. Aunque permanezcamos deslumbrados, podemos arrastrarnos y saltar la valla. Es de imaginar que los soldados se hallarán en igual situación que nosotros.

El intento de escapar así había de resultar en extremo dificultoso. Tanteando y siempre prendidos de la mano, llegaron hasta la valla. Tenían que salvar la alambrada, que constituía el principal obstáculo. Al agente

O'Neil

habíanle enseñado en la Academia de Quantico gran número de tretas para deshacerse del alambre de espino, valiéndose de cualquier utensilio. Ahora, empleando su fuerte cortaplumas y la culata de la pistola que arrebató al oficial alemán, comenzó el enojoso trabajo: mas actuando a ciegas, como aun hallábase, la dificultad resultaba mucho más desesperante. ¡Y los minutos eran preciosos!

La aviación no tardaría en sobrevolar el campo. El ronquido de los motores y el estallar de los antiaéreos iba en *crescendo*.

Helen permanecía pegada a su compañero, procurando ayudarle. Notaron ambos que los efectos del deslumbramiento por la explosión radioactiva comenzaban a disminuir. En su piel sentían un extraño prurito o quemazón, consecuencia sin duda de aquel mismo fenómeno.

Como entre una neblina, las siluetas del paisaje, de los edificios y también las de los vigilantes, más allá de la valla, comenzaron a destacarse borrosamente.

Y, de pronto, oyeron cómo se iniciaba allí cerca un nutrido tiroteo, acompañado de confuso griterío.

Jimmy

O'Neil

detúvose un instante en su trabajo, y obligó a la muchacha a tenderse junto a él contra el suelo.

—¿Qué será eso?... ¿No oyes, Helen? Pero... ¡sí, es el traqueteo de las «Thompson»; viene de la parte del bosque, y los alemanes no

poseen armas de ese tipo! ¡Santo Dios!, tienen que ser los hombres de Nils Hojden. Sé que nuestra aviación les lanzó hace tiempo fusiles ametralladores de ese tipo.

Los dos podían ver ya ahora casi una absoluta claridad. Jimmy dejó escapar una entusiástica exclamación de triunfo:

—¡¡Hurra!! ¿No lo comprendes, Helen? Vamos a coger a los vigilantes entre dos fuegos. Ahora no piensan en nosotros, sino en el ataque que les viene del bosque. ¡Bravo, muchachos! ¡Ahora o nunca, Helen! Depresa; hemos de saltar la alambrada, sea como sea, aunque nos lastimemos. ¡La aviación está ya encima; no tardarán en soltar su carga!

El cielo hallábase salpicado de los blancos luminares del magnesio: las bengalas lanzadas en gran número desde los aviones balanceábanse suspendidas de los finos paracaídas de seda. Continuaba el incendio de la parte central de las edificaciones. Parecía como si alborease, aunque no era más que la medianoche.

Las fortalezas volantes evolucionaban a gran altura, sin aminorar su rapidísima velocidad. No menos de docena y media de aparatos, como

O'Neil

supuso, podían contarse sobre el campo. Aun no habían dejado caer ningún proyectil; sin duda trataban de fijar cuidadosamente los blancos, guiados por el incendio central. Las ráfagas de los antiaéreos silueteaban sobreseí cielo las escuadrillas.

Jimmy y Helen habían transpuesto ya la alambrada, no sin dejar entre el espino jirones de sus vestidos. La piel de ambos no escapó tampoco sin sangrantes rasguños.

Los vigilantes de las S. S., desplegados en ala y de espaldas al recinto, disparaban contra los partisanos daneses, cuyas siluetas distinguíanse ya perfectamente, salidas de la espesura.

El americano rió jocundamente, viendo cómo los alemanes, desprevenidos, ofrecerían magníficas dianas a sus disparos.

—Dame la metralleta, Helen; toma tú la pistola. Los *boches* van a recibir la sorpresa de encontrarse entre dos fuegos. Disparemos los dos a un tiempo. ¡¡Ahora!!

Las detonaciones que sonaron a sus espaldas desconcertaron a los alemanes. Revolvieron, y al erguirse entre la hierba, presentaron mejor blanco al fuego cruzado a que se veían

sometidos. Cayeron varios de ellos, y los demás iniciaron la desbandada.

El fragoroso rugido del descenso de una bomba de aviación de gran calibre atronó el aire. Explotó no lejos del foco principal del incendio, y su estallido hizo trepidar la tierra con temblor de seísmo.

El agente y su compañera corrieron hacia el bosque. La voz de Nils Hojden dejóse oír de pronto en medio de la infernal algarabía, dirigiéndose a los dos:

—¡Aquí, muchachos! ¡Reuníos con nosotros!

El americano gritó aún más fuertemente:

—¡Atrás, Nils! ¡Que nadie se aproxime a las instalaciones ni a sus alrededores, va a quedar todo arrasado! ¡Hay que huir lo más lejos posible! ¡¡Pronto!!

Pero ya algunos de los daneses, enardecidos, hallábanse en la linde de las falsas granjas.

A partir de aquel momento, fue imposible cruzar palabra alguna. Los proyectiles de la aviación comenzaron a caer en mortíferos rosarios; bombas incendiarias, otras explosivas de gran calibre, las balas de las ametralladoras... ¡Un infierno!

O'Neil

y Helen, junto con Nils Hojden y sus francotiradores, armados con las «Thompson», corrían ya a través del bosque.

—¡Adelante, adelante! —seguía gritando el americano, aunque resultaba dudoso que nadie pudiera oírle en medio del estruendo—. ¡Esto también arderá; esos diablos del aire arrasarán hasta la hierba!

Un estrépito más horrisono aún que todo lo anterior se levantó en medio, del prado, seguido de una fulgurante llamarada.

—Ha caído una de las fortalezas volantes —se habló Jimmy a sí mismo—. ¡Que Dios os acoja, compañeros! ¡Otras diez vidas jóvenes que se sacrifican por la patria!

La desatentada carrera entre las hayas y abetos duró aún bastante tiempo, hasta que los fugitivos comenzaron a sentirse agotados.

Habían alcanzado una hondonada, por el centro de la cual discurría un manso arroyo. Detuviéronse en la ribera.

El «trabajo» de la aviación había terminado ya. Perdíase a lo

lejos el zumbido de los motores. La situación del lugar y la relativa distancia apagaban el lejano fragor de los incendios. Permanecían en la casi total obscuridad, pues sólo el apagado reflejo de las llamaradas, proyectados por las nubes, hacía rielar las limpias aguas del riachuelo. La noche era cerrada, sin estrellas.

Nadie pronunciaba ahora palabra, rendidos y exhaustos como se hallaban todos por el esfuerzo de la loca carrera. Continuaban llegando algunos rezagados.

Nils Hojden habló al fin el primero:

—¿Falta alguien? ¿Hay heridos?

Una voz grave le contestó en la penumbra:

—Hans Jaihk cayó junto a las instalaciones; yo lo vi. Se derrumbó sobre él la pared que ardía, y habrá muerto abrasado. Creo que no podrán identificarlo.

Se hizo un emotivo silencio. Nils dijo luego:

—Un padrenuestro por su alma, camaradas. ¿Está ahí Kurg, su primo?... Comunícalo a tía Greta, la molinera, muchacho. Es una mujer valerosa.

Oyóse el bisbiseo de las oraciones. La misma voz que antes había respondido, añadió:

—No hay heridos graves. Yo tengo un brazo pasado por una bala, y hay dos o tres más con rozaduras. Eso es todo.

—Hemos de disolver ya el grupo —manifestó Nils—. Cada cual, a su granja. Pero antes, hemos de decidir lo que hacemos con el americano y la muchacha.

Jimmy

O'Neil

se apresuró a tomar ahora la palabra:

—Escuchadme antes: es urgentísimo que todo el mundo se despoje rápidamente de las ropas que lleva. La radioactividad las ha impregnado y su contacto puede ser fatal para quien las conserve puestas demasiado tiempo. Sigán mi ejemplo. Desnúdense ahora mismo de las prendas exteriores y arrójenlas al río. Procuren no tocarse el cabello con las manos ni llevar éstas a la boca, durante un buen número de horas.

—¿Habla usted en serio? —dijo la voz de Nils Hojden.

—¡Y tan en serio! Esta noche de verano es bien suave; pero aunque no lo fuera, siempre resulta preferible sufrir un resfriado

que quedar con la piel lacerada por las quemaduras cancerosas. Pronto; que nadie deje de hacerlo. Pueden conservar las prendas interiores ahora, pues su contaminación será poco intensa; pero destruyanlas también cuando lleguen a casa, quémenlas, entiérrenlas.

Siempre en la obscuridad, Jimmy
O'Neil

realizó rápidamente lo que había anunciado. Su traje completo, pantalón, chaqueta y chaleco, fueron al agua, desprendióse también de camisa y camiseta, y vino a quedar tan sólo con el blanco calzón. Los zapatos y los calcetines pararon asimismo en el fondo del arroyo.

Podía oírse el rumor de los otros hombres, entregados a igual operación. El chapoteo de las ropas al caer al agua sucedíase sin cesar.

—Lo siento, Helen —dijo el yanqui al oído de su compañera, que permanecía sentada junto a él, sobre el musgo—; pero tú también has de someterte a la misma regla.

—¡Por Dios, Jimmy, eso es imposible!

—Muchacha, la necesidad es ley. ¿No comprendes? ¿Cómo puedo consentir yo que tu cuerpo, *el cuerpo de la que tiene que ser mi mujer*, quede llagado, o cuando menos con terribles cicatrices imborrables? Date prisa, Helen... Me parece que todos han seguido ya razonablemente mi consejo; sólo faltas tú. Después de todo, la obscuridad salva la situación, por lo que respecta a ti.

Oíanse algunas risas contenidas, que acabaron de desconcertar a la muchacha; aunque lo cierto era que no se referían a ella. Rhen Insen, el pequeño y gracioso herrero, dejó escapar una de sus habituales chanzas:

—¡Chicos, alguien creerá, viendo ir la ropa río abajo, que las lavanderas se han vuelto locas!

Todos corearon la broma con risotadas.

—¿Me obedeces, Helen? —volvió a murmurar el joven.

—Jimmy, no insistas. Me parecería más terrible la vergüenza que ello habría de causarme en este instante, que no aquello de *la muerte en cualquier minuto*.

Él, por toda respuesta, le tomó el cuello de la blusa por detrás y de un tirón le abrió el vestido de arriba abajo hasta la cintura. Al

mismo tiempo, levantó la voz para hablar así:

—¡Escuchadme, muchachos! Esta joven no os sólo mi compañera en el Servicio, sino también mi novia, y será pronto mi esposa. Dice que prefiere quedarse con la radioactividad encima, que no imitar nuestra *deshabillé*. Y yo... ¡voy a aplicarle mi criterio de futuro marido! Después de todo, está a mi lado y nadie ha de permitirse la menor broma..., ni yo habría de consentirla.

Si alguien sintió el impulso de reír, desde luego procuró frenarlo. En la obscuridad —ahora más densa por ir disminuyendo el reflejo de los lejanos incendios que tendían ya a extinguirse—, todos pudieron oír el roce de las ropas femeninas, arrancadas a la fuerza por «el novio», y, a continuación, la caída de las mismas en el agua.

—Recuerda, Helen, que no has de llevarte las manos a la boca, ni al cabello.

Siguió un silencio embarazoso, que rompió Nils Hojden con estas inesperadas palabras:

—¿Y por qué no os casáis ahora mismo?

La frase fue reída contenidamente por todos los presentes. Jimmy creyó que era objeto de una burla y comenzó a amostazarse; más bien pronto pudo darse cuenta de que Nils había hablado en serio.

—Reverendo Bjoerson —añadió el danés—, ¿podría usted... *actuar* en este momento en su misión? Hágase la cuenta de que es un matrimonio... *in articulo mortis*, por decirlo así.

Ahora ya no rió nadie.

Jimmy y Helen habían quedado absortos.

Una voz grave y pausada, la misma que antes se dejara oír, y que debía de ser la del «reverendo Bjoerson», sonó a pocos pasos:

—No habría inconveniente, si es cierta su decisión de unirse en matrimonio y habida cuenta de la grave situación en que se hallan.

En aquel instante, el travieso herrero Rhen Insen se le ocurrió lanzar sobre la figura del «reverendo» el haz de su pequeña linterna de bolsillo.

La figura que Jimmy y su compañera vieron fugazmente iluminada ofrecía, por cierto, un aspecto muy poco sacerdotal: era la de un imponente varón de alta estatura y pelo canoso, con el único atuendo de la ropa interior, sentado en cuclillas sobre el suelo

y sosteniendo sobre sus rodillas una metralleta «Thompson». Tratábase, desde luego, del reverendo pastor Bjoerson; pero convertido aquella noche, como buen patriota, en emboscado francotirador. Desnudo y herido antebrazo veíase manar la sangre.

Nils apagó la linterna del herrero, dando a éste un golpe en el brazo, y se la arrebató.

El respetable pastor de almas no pareció inmutarse por la travesura del pequeño Rhen. Habló de nuevo así:

—Daos las manos. La ceremonia será muy corta. Mi bendición matrimonial quedará condicionada a vuestro leal deseo y a vuestra voluntad firme de uniros ante Dios. ¿Existen ambas cosas? Por mi parte, reflexiono que continúa siendo cierto el peligro de muerte en que todos nos hallamos, y, por tanto, puedo obrar como lo hago.

Jimmy había buscado la mano de su compañera. Ella no se la negó; y estaba reflexionando que la escena de *su boda* no podía ser más extraordinaria: la obscuridad, el pasado y presente peligro, la extraña compañía, el todavía más extraño sacerdote, y sobre todo... ¡su *traje* de «novia»!...

—Nils Hojden, eres nuestro padrino —pronunció el americano, sin el menor asomo de ironía en sus palabras—. Eche ya la bendición, padre Bjoerson... antes de que comparezcan por aquí los sabuesos de las S. S. ¡No deseo tales testigos para nuestra boda! Luego, al oído de la muchacha, añadió:

—Falta grave, con arreglo a nuestro Reglamento; ya lo sabes, Helen. Esta noche merecemos al mismo tiempo un ascenso en el Cuerpo por el servicio prestado antes y la expulsión del
F. B. I.

por esto de ahora. Bien; completemos el lema que nos dieron, de esta manera: *la muerte en cada minuto...* y la gloria en cuanto se ponga al alcance de la mano.

El reverendo Bjoerson habíase aproximado a tientas a los «contrayentes». Su mano comprobó que las del hombre y la mujer permanecían unidas. Oyóse el siseo de las oraciones del sacerdote; pero ni Helen ni Jimmy pudieron ver la bendición trazada en el aire.

Nils Hojden dio a continuación la siguiente orden:

—Rhen, adelántate hasta la granja «Sol» y recoge un vestido para la señorita..., quiero decir, para *la señora*. Uno de mi hermana

le irá bien; tiene la misma talla. Espéranos en el cruce del prado de los «Siete Renos»; pasaremos por allí. Los demás pueden marchar ya cada cual a su granja. Mucho cuidado; esconded bien las armas, porque mañana habrá, sin duda, minuciosos registros. Yo voy a acompañar a los americanos a través de la isla, hasta el *fiordo* de Khol, donde tenemos oculta la motora. Es la ocasión de utilizarla. Yo trataré de ir con ellos a Suecia, para recibir órdenes. Durante mi ausencia, el pastor Bjoerson os dirigirá.

Así fue como, una hora después, la agente auxiliar N. Y. 311 vistió un amplio traje de campesina danesa y calzó unos zuecos, que no venían a resultarle demasiado ligeros. Al clarear el día, procuró adaptar su peinado a la nueva indumentaria. Su pelo rubio ceniciento no desentonaba con el «conjunto». Procuraba al mismo tiempo ensayar un ingenuo y abobado gesto de aldeana, que bacía reír a su «marido».

Rhen Insen había traído también para el americano un holgado chaquetón, pantalones abombachados y zuecos.

Ambos convinieron, riendo, en qué tanto *el viaje de bodas* como los trajes para el mismo resultaban en extremo *sugestivos*.

Los patriotas daneses habían ido despidiéndose. Sólo les acompañaba ya Nils Hojden.

Seguían rectamente el camino hacia el Oeste, en busca del *fiordo* de Khol. Pero antes de llegar al mismo tenían que tropezarse con muy serios episodios.

El viaje vino a resultar más lento de lo que ellos deseaban. Por todas partes podían verse patrullas alemanas armadas, vigilando los caminos y los caseríos. Tenían que evitar su encuentro, pues, a pesar del disfraz, los dos americanos experimentaban el natural temor de ser descubiertos.

Durante el día avanzaron bien poco en su trayecto; pero una vez cerrada la noche, pudieron reemprender más tranquilos su camino.

Al rayar de nuevo el alba, hallábanse cerca del molino de tía Greta, la madre del héroe muerto en el reciente ataque a las instalaciones alemanas. Decidieron ocultarse allí; contaban con el seguro hospedaje de la molinera.

La persona de Greta Jaihg impresionó extraordinariamente a Helen y a su compañero. Era una opulenta matrona de cuarenta y cinco años, viuda, sin otro hijo que el que acababa de perder. No vieron lágrimas en sus ojos; adoptaba un extraño gesto reconcentrado, como de estupor, y habló así a Nils Hojden:

—Mi Hans quizá vuelva todavía. Y si no vuelve..., iré yo a buscarle. Dicen que murió bajo el fuego..., pero yo no lo creo; su padre murió ahogado aquí en el molino, durante una inundación; su abuelo, igual... ¡Y yo sé que él también ha de morir por el agua, y no por el fuego!

El agente americano tuvo la rápida sospecha de que la molinera no conservaba muy firmes sus facultades mentales.

Acomodáronse fácilmente los tres fugitivos en la granja-molino. Nils Hojden previno a sus compañeros el peligro de una posible visita de las S. S., para realizar algún registro. La casa de la viuda Jaihg había sido, hasta ahora, uno de los principales centros clandestinos de reunión de los patriotas. Existía, además, la posibilidad de que los alemanes hubiesen identificado el cadáver de Hans Jaihg, hallado bajo los escombros del incendio.

Helen quedó junto a la viuda, y Jimmy y Nils fueron a resguardarse en los amplios establos. Dormirían allí durante el día. Y reemprenderían la marcha en cuanto se pusiese el sol.

Acababan de tenderse en sus yacijas de heno seco, cuando oyeron fuerte rumor de pasos hacia la entrada de la granja. Era una patrulla formada por diez individuos de las S. S., mandados por un

suboficial. Bien pronto pudo colegirse que venían con intención de llevar a cabo el temido registro.

Jimmy y el danés permanecían atisbando por las rendijas del establo; y el segundo dijo:

—¿Qué opinas que debemos hacer, americano?

Tardó éste en responder, y al cabo manifestó, mientras se frotaba las manos y en sus ojos brillaba una atrevida llama:

—Pues opino, camarada... que nos vendrían muy bien disponer de un par de uniformes como los que lucen esos esbirros. Fíjate: el del suboficial resultaría perfectamente a mi medida, y en cuanto a ti, no te estaría mal el de aquel grueso soldado de las gafas. ¿Qué te parece, Nils... si intentásemos desnudarlos?

Nils Hojden, aunque poseía un valor a toda prueba, miró a su compañero con cierta alarma, al oírle expresar tan temeraria propuesta con el más natural desenfado: y pensó:

«... En verdad que estos yanquis son el mismísimo demonio...,»

* * *

La catástrofe de Bornholm había causado una impresión extraordinaria y no menor desconcierto entre las autoridades alemanas. Podía esperarse una violenta reacción de las S. S. nazis, contra los habitantes del país.

Conocido era ya entonces en toda la Europa ocupada este Cuerpo militar de represión, cuya fama de dureza y sagacidad ha quedado para la Historia. Mas erraría quien creyera que todos los componentes de las S. S. eran verdugos sin entrañas, dominados por un bárbaro instinto de represalia. En no pocos casos, tratábase de vulgarísimos ciudadanos y honestos padres de familia, a quienes los azares de la situación habían empujado a engrosar las filas de la milicia nazi, sin demasiados entusiasmos políticos o de partido.

Esto y no otra cosa era lo que iba diciéndose a sí mismo, en aquella madrugada de agosto, el suboficial Otto Hund, de la 47.^o brigada, cuando al frente de sus diez hombres dirigíase a cumplimentar, con no excesivo gusto por su parte, la orden de registros y «recogida» de sospechosos que irían a engrosar los contingentes de los campos de concentración. Él, en fin de cuentas, y a pesar de su bizarro uniforme y de su faz aparentemente fosca,

no era otra cosa que un pacífico campesino bávaro, arrancado también de su hogar a la fuerza, como ahora lo serían algunos varones bornholmeses.

La patrulla marca su paso militar, de dos en dos, por las veredas que limitan los verdes prados. Van todos con el arma presta, bajo el brazo, apoyado el índice sobre el gatillo; pues no deja de ser posible cualquier emboscada de los partisanos.

El molino de Jaihg es la primera «visita» anotada en la lista. Otto Hund y su patrulla se han detenido, recelosamente, junto al puente rústico que atraviesa el arroyo, o más bien torrente, cuyas aguas aprovechan las pesadas muelas.

Otto Hund está pensando ahora que, pese a las diferencias de la construcción y del paisaje, el molino báltico que está contemplando le recuerda bastante a su amada hacienda bávara, «El Tilo Viejo». Sus ojos se humedecen, mientras piensa:

«... ¿Qué estarán haciendo ahora mi pequeño Otto, y Berta, y los otros tres...?».

Pero enseguida se esfuerza por apartar de su imaginación estas ideas «románticas». Recupera su talante adusto, y golpea fuertemente la cancela del molino.

Tía Greta está ya ante él, con su hermético gesto, llevando en la mirada un destello que escama un poco al visitante.

Otto tiene bien aprendido su discurso:

—Responda usted a esto, molinera: nos han llegado varias confidencias, según las cuales su hijo Hans Jaihg murió en el traidor ataque de anteanoche. En tal caso, su cuerpo sería el que apareció carbonizado junto a la cerca. Conteste usted con claridad. Las autoridades alemanas tienen especial interés en aclarar este extremo, porque de no tratarse del cadáver de su hijo, sería el de cierto espía americano. Sabemos que su hijo Hans no apareció por el molino en todo el día de ayer.

El semblante de tía Greta no se ha alterado poco ni mucho. Manifiesta, con voz metálica:

—Les han informado mal. Mi hijo no ha abandonado la casa. Hemos tenido mucho trabajo estos días. Ahora mismo, Hans está ordeñando las vacas, junto con mi vecino Nils Hojden.

—Haga que se presente enseguida.

El cuarentón suboficial, además de su amor a la vida campesina

y a la cerveza negra, tiene otra notoria afición: las muchachas. Por eso no es de extrañar que sus ojos queden prendidos en la atractiva silueta de la joven granjera de pelo rubio ceniciento, a la que ve salir de los establos, portando dos cubos de leche.

—¡Guapa chica! —comenta—. ¿Es hija suya también?

—No —responde tía Greta, en el mismo tono de siempre—. Se trata de la moza de servicio. Es muda, la pobre.

En este mismo momento, ocurre algo insólito: la «muda», al pasar junto al suboficial, le guiña picarescamente un ojo.

Y el ingenuo Otto piensa para su capote, mientras atusa su mostacho:

«... ¡Caramba!, qué lástima que haya tanta gente por aquí. Esta chica parece que ha de ser *pan comido*... ¡Y es bonita, la indina!...».

—Aquí está Hans, señor *oficial* —dice ahora tía Greta—. Como podrá ver, se trata de un buen chico, incapaz de meterse en esa clase de locuras...

Otto le echa el ojo al supuesto Hans, y puede contemplar la figura de un mocetón de rostro completamente rasurado y gesto que parece tímido.

—Bien, bien... Quizá tendrás que hacer acto de presencia allá en la Comandancia, muchacho.

El otro ni se atreve a responder.

—A otra cosa, molinera —añade Otto—; tenemos orden de realizar un registro en la casa.

—Jaihg y mi vecino Nils les acompañarán —responde tía Greta, sin inmutarse—. No sentimos la menor preocupación, señor *oficial*. Somos gente inofensiva. ¿Por dónde quieren empezar?

—Por la bodega —manifiesta rotundamente el suboficial.

Quizás ha hablado ahora así, más bien movido por sus aficiones báquicas que por las necesidades del servicio. Recuerda perfectamente la prohibición que existe de aceptar libación ninguna ofrecida por los paisanos; pero conserva también en la memoria... aquella ocasión en que se saltó tal orden, en esta misma casa. ¡Buena cerveza tienen en el molino; no se le ha olvidado!

El «vecino». Nils, entretanto, ha murmurado al oído del falso Jaihg:

—De los tres barriles que hay, sólo uno contiene cerveza; el último. El primero está repleto de cartuchos de trihilita y

municiones para ametralladora, y en el de en medio hay escondidas hasta media docena de metralletas «Thompson».

La moza «muda» ha oído también este informe del *pacífico vecino*, y sonríe con su gesto bobalicón, como no ha dejado de hacerlo desde la entrada de los visitantes.

Otto Hund, junto con dos de sus hombres, desciende a la bodega, que es de reducidas dimensiones. Los restantes individuos de las S. S. han quedado en la entrada, siempre con las armas a punto.

El suboficial Hund está ya junto al primer tonel; pero no hay duda de que presta mayor atención a la apetitosa figura de la granjera «muda» que no a su misión de registro. Distraídamente, golpea la cuba con la culata de su pistola, a la par que levanta el ancho tapón de corcho, como para mirar el contenido...

Nils y su compañero, que han quedado en el rellano superior del tramo de escalera que da acceso a la bodega, han llevado ahora sus manos al bolsillo posterior del pantalón.

Pero el bueno de Otto no llega a asomar su nariz al redondo orificio. Porque en aquel momento ve cómo la «muda» le hace expresivos guiños, mientras acerca una jarra a la espita del tercer barril.

—¡Hola! —dice, riendo, el germano—. Me parece que entiendo tus señas, preciosa. Es en ese donde se guarda la mejor cerveza, ¿no?...

Y se echa a reír de buena gana, mientras vuelve el redondo corcho a su sitio.

Toma de manos de la «muda» el espumeante jarro, y tan alegre se siente, que llega a tararear un brindis tirolés, en verso. A continuación grita entusiasmado:

—¡Heil Hitler! ¡Viva la alta Baviera! ¡Bendita sea, la rubia y hermosa moza del molino!

Los otros dos alemanes no tardan en imitarle.

Nils Hojden, sin retirar la mano del bolsillo donde acaricia el arma, murmura al oído de su camarada:

—¿Siguen inspirándote interés esos uniformes, como antes dijiste, americano? ¡Pues te aseguro que a mí me está apeteciendo cada vez más disfrazarme con uno de ellos!

El otro contesta, con la mayor naturalidad:

—Nos corresponden a cada uno de los dos cinco alemanes y medio. ¡Poca cosa, para hombres como tú y como yo, Nils!

—Conformes. Tendremos los trajes, muchacho.

Otto Hund, después de la sexta libación, grita. A los suyos:

—¡Nada aquí abajo, muchachos! Hemos de revisar ahora el molino, los graneros, los establos...

—¡Yo les guiaré ahora! —dice con extraña decisión tía Greta.

Ascienden la escalera de caracol que conduce a las dependencias altas del molino. Otto Hund ha llamado a otra pareja de sus hombres, para que le ayuden en el registro. Tía Greta les precede a todos. El suboficial, después de ingerir las seis jarras de cerveza, más bien se halla en situación de ser dirigido que de dirigir él la operación.

La molinera se ha detenido ante una puerta baja, en el segundo piso. La abre, y cede el paso al primer alemán que le sigue.

Nils, que está observando ahora a la viuda Jaihg, quizás llega a la misma sospecha que antes asaltó a Jimmy O'Neil

: ¿qué significa aquel gesto de desvarío que ve en el rostro de la matrona?

Los cinco alemanes han penetrado ya en la estancia, el último de ellos el suboficial. Tía Greta continúa en la puerta. Es una habitación cuadrada, de una anchura poco mayor de tres metros; las paredes, completamente lisas, parecen metálicas, como también el techo. Uno de los alemanes ha encendido su linterna eléctrica, pues el recinto aparece sin luz.

La molinera, con una extraña inflexión de voz, habla así:

—¿Les interesa, señor *oficial*? Es la cámara de nuestra gran prensa hidráulica; aquí prensamos todo el heno seco del valle y sus alrededores...

Deja escapar, inesperadamente, una nerviosa carcajada, al tiempo que se aparta del umbral. Su mano oprime el resorte de cierre.

Todos los presentes, tanto los cinco alemanes encerrados en el interior de la prensa, como quienes se hallan fuera, han comprendido, de golpe, la terrible intención de la viuda Jaihg.

El techo de la cámara ha comenzado a descender, con un lúgubre chirrido, sobre las cabezas de los tudescos. Éstos, aunque

esgrimen ya sus pistolas, sólo piensan ahora en una cosa: conseguir la salida, estrujándole unos contra otros, ante la puerta metálica que inexorablemente va cerrándose. La corpulenta figura del suboficial queda empotrada en el marco...

Entonces, el agente

O'Neil

, que a pesar del macabro carácter de la escena no ha perdido su habitual humor, se acuerda de *supreciado y codiciado uniforme*. Asiéndolo con ambas manos la cabeza del suboficial, tira de él a riesgo de desnucarle; y consigue extraerlo de la cámara, cuando el techo metálico rozaba ya su cráneo. Otto Hund queda tambaleándose, un segundo; para caer fulminado a continuación, por el rotundo gancho que el americano le propina.

—Bien —comenta éste—; prefiero *mi uniforme* así, no tan planchado como hubiese salido de ahí dentro...

La metálica puerta de cierre deja ya tan sólo una rendija, a la que se agarran tres o cuatro manos engarabitadas... ¡inútilmente! Los que afuera están, oirán crujir enseguida los huesos, al efectuarse el cierre hermético. A través de la plancha de acero, suenan apagadamente los alaridos de los cuatro alemanes, cuyos cuerpos van a ser prensados «como heno seco». También pueden percibirse hasta media docena de disparos, asimismo inútiles, contra la puerta de acero. Pero todo acaba medio minuto después: un siniestro y sordo crujido, de los cuerpos y los cráneos sometidos a la terrible presión, da señal de que «todo terminó en el recinto metálico de la prensa hidráulica». Ni las detonaciones ni los gritos habrán podido llegar abajo, donde permanecen los otros seis hombres de las S. S.

El agente

O'Neil

se hace cargo, inmediatamente, de lo peligroso de la situación. ¡Pero ahora ya no hay otro remedio que seguir adelante! La única solución, de momento, es acabar también con los otros seis alemanes que abajo están. Y hay que obrar con rapidez, antes de que éstos se inquieten por no ver regresar a sus compañeros y a su jefe.

Tía Greta, presa ya de un claro ataque de enajenación mental, ríe desaforadamente, sentada sobre el primer peldaño de la escalera. Y le oyen decir:

—¡He de terminar mi venganza! ¡Sí, y ha de sor por el fuego..., por el mismo fuego que quitó la vida a mi Hans!...

—Hay que encerrarla en cualquier parte —dice Jimmy—. Va a escandalizar a los de abajo.

Entre Nils y Helen consiguen llevarla a un próximo cuarto-desván, donde queda bajo llave, sin cesar en sus amenazas e imprecaciones.

El agente da rápidas instrucciones a su compañera y a Nils, mientras se apresura a desnudar a Otto Hund. Como supuso, el uniforme del suboficial le sienta tal como hecho a la medida.

Once minutos han transcurrido tan sólo desde que los alemanes que permanecen en el patio vieron marchar a su suboficial junto con los otros cuatro, cuando advierten, al fin, la presencia de aquél en la penumbra de la puerta que en el fondo da a la escalera. La figura del que ellos creen «el suboficial Hund» aparece medio de espaldas, como si estuviese hablando con alguien.

El falso suboficial de las S. S., mientras acciona mi ademán de llamada a «sus hombres» pronuncia así:

—Zwei, hier...

No está muy seguro el agente

O'Neil

de que la frase alemana que ha compuesto tenga exactamente la traducción que él desea: «*Dos, aquí...*». Pero el hecho es que, sea porque hayan atendido más bien al ademán de llamada que no a las palabras, dos de los alemanes avanzan confiadamente hacia la escalera.

Al transponer el último peldaño, ya fuera de la vista de sus compañeros, reciben en la nuca sendos mazazos que los dejan fuera de combate. El americano y el danés, escondidos detrás de las dos jambas, no han errado sus respectivos golpes.

—Seis... y siete... —Cuenta

O'Neil

, refiriéndose al número de enemigos derribados.

Y, en vista del fácil éxito, no dudará en repetir la suerte:

—Zwei, hier...

Otros dos germanos, como confiados borregos, acuden a recibir su correspondiente mazazo.

—Ocho..., nueve... —Cuenta el americano.

Su sentido deportivo de la lucha le impide utilizar el mismo procedimiento para acabar con los dos que quedan. Nils Hojden no logra disuadirle de que pelear así no sería leal.

A cara descubierta, avanzan ambos hacia los dos últimos individuos de las S. S. que permanecen aún en el patio. Naturalmente, cuentan a su favor, de todas maneras, con el factor «sorpresa», pues los dos alemanes tardan en darse cuenta de la suplantación, el tiempo suficiente para dar lugar a que sus enemigos les asesten el primer golpe.

El combate será a brazo partido, a puñetazos, como lo ha impuesto el americano. Pero éste no contaba con que su actual y último enemigo, el musculoso y corpulento hombretón cuyo uniforme se prometiera Nils Hojden, es precisamente el campeón de lucha greco-romana de todas las S. S. nazis. Fritz Wolfrein, que así se llama, nota a su vez que el enemigo que se le ha venido encima resulta de sumo cuidado.

La lucha entre Nils y el otro alemán resulta también igualada. El jadeo de los cuatro hombres, entregados con todas sus potencias físicas a la bestial lucha a muerte, dura ya varios minutos.

Jimmy

O'Neil

se ve de espaldas contra el suelo bajo la agotadora presa de hombros del alemán, que se considera ya vencedor. Mas, por terrible desgracia para el atleta germano, éste va a comprender en aquel minuto cuán fatuo era el desprecio que siempre sintió hacia los modernos métodos de lucha —*jiu-jitsu*, *judo*, etc.—, engreído como siempre estuvo por su superioridad en la pesada greco-romana.

El agente de la

F. B. I.

conoce esos métodos a la perfección. Era cierto que estaba diciéndose a sí mismo, confusamente:

—«... Si mi enemigo domina los otros sistemas de lucha igual que la greco-romana..., puedo recordar ya aquello de *la muerte en este minuto...*».

Bajo la asfixiante carga muscular del alemán,

O'Neil

hace acopio de todas sus potencias, para aplicarlas a aquella terrible

llave sobre las vértebras lumbares, que aprendió de su profesor japonés. El hecho de que el germano no adopte ni la más elemental protección para precaverse de la peligrosa finta, le da a entender que su contrincante ignora en absoluto este estilo de combatir.

El seco crujido de la articulación sacro-lumbar, que ha de lesionar su médula espinal, es el primer aviso que Fritz Wolfrein recibe del «nuevo estado de cosas». El abrazo asfixiante, capaz de ahogar a un toro, pero que no pudo acabar con los arrestos del joven americano, comienza ahora a aflojarse sensiblemente. El campeón de greco-romana gime, por primera vez en su vida, bajo el ataque de un enemigo.

Y el yanqui no cesará ya en su espantosa porfía. Sus dedos se han hundido en la fosa esterno-clavicular, buscando los reflejos de la arteria aorta. La sangre que huye de la faz y de las extremidades del atleta tudesco, comunicando a éste una casi total laxitud, afluye en el último vómito de su agonía.

Jimmy

O'Neil

ha saltado, dejando ya libre el cuerpo exánime de su vencido enemigo, con el tiempo justo para no recibir sobre su cuerpo la terrible hemorragia.

Exhausto él a su vez, contempla los últimos estertores del hombre al que, sin ningún género de dudas, puede considerar como el más potente enemigo con quien jamás midió sus fuerzas.

En aquel momento ve erguirse, tambaleante, a su camarada Nils Hojden, mientras el cuerpo del otro alemán se desploma de espaldas.

O'Neil

ve cómo el danés, con fría serenidad, toma una gruesa piedra de las que bordean el patio, y con ella da el golpe de gracia a su enemigo, hundiéndole la sien.

—No me gusta ese final, Nils; debo decírtelo.

—Es la guerra, camarada. Tampoco a mí me agrada; pero con ello acabo de eliminar a un enemigo de mi patria.

El americano procura recobrar su buen humor:

—Recoge ya tu uniforme, Nils. El *maniquí* te lo he dejado yo inservible..., aunque ha faltado bien poco para que haya sido yo quien quedase fuera de servicio, ¡palabra! Siento que tengas que

lavar un poco tu flamante vestimenta militar, antes de ponértela; pero no ha habido otro remedio.

Nils, sin añadir palabra, marcha hacia el interior.

O'Neil

le sigue, deseoso de encontrarse de nuevo con Helen, que quedó vigilando la puerta del cuarto en que dejaron encerrada a la loca molinera.

Nils Hojden queda un poco retrasado, porque tiene otro propósito, que a continuación realizará, sin que tampoco pueda evitarlo el yanqui: rematar con sendos tiros de pistola, en la nuca, a los cuatro alemanes derribados a la entrada de la escalera.

—¡Te dije que eso no es leal, Nils! —clama agriamente Jimmy.

El danés no responde.

El agente del

F. B. I.

encuentra a su compañera frente a la puerta del cuarto-desván; pero la ocupación de Helen no es ahora vigilar a la recluida, sino más bien atender al yacente Otto Hund, tendido en medio del pasillo y desprovisto de sus ropas exteriores. Al parecer, el hombre comienza a recobrar el conocimiento; y la muchacha se halla frente a él, con la pistola amartillada.

—Cuando suba Nils, querrá rematarlo también —comenta

O'Neil

en voz alta.

Helen, sin pronunciar palabra, muestra a su compañero la documentación del suboficial bávaro, que ella recogió del suelo. En una foto de tamaño postal, aparece Otto rodeado de cinco retoños, dos varones y tres hembras, cuyo parecido físico con el hombre, no puede ofrecer dudas respecto al grado de parentesco. Al fondo de la fotografía, distínguese claramente la entrada de una casa de campo de estilo tirolés, rotulada «El Tilo Viejo».

Los dos americanos contemplan con cierta conmiseración el cuerpo indefenso de su enemigo. Y en este momento aparece Nils Hojden en el pasillo, empuñando su pistola. El alemán lanza ahora un gemido.

Un instante queda el danés cruzando su mirada con las de sus amigos. Y, sin que nadie pronuncie ni una sílaba, los tres saben lo que quieren decirse.

Jimmy
O'Neil

muestra al patriota, en silencio, la fotografía que le entregó Helen. Y Nils Hojden responde fríamente:

—Estamos en guerra. Y yo conozco también a un compatriota mío, a quien una bomba de la aviación alemana, mató a su mujer y a sus cinco hijos. Y no era un combatiente, sino un pacífico campesino.

Pero Nils no se atreve a avanzar ahora, para repetir la acción que ha realizado con los otros alemanes exánimes. Adivina que el americano se opondrá a ello, por la fuerza.

La desagradable escena queda cortada aquí, porque un nuevo e inesperado hecho reclama la atención de los tres.

A sus oídos llegan destemplados gritos y risotadas, que al punto identifican como lanzados por la viuda Jaihg. Pero éstos parecen venir de bastante más lejos que del interior del cuarto próximo, donde la dejaron encerrada. ¿Cómo puede ocurrir así?

Franqueada la puerta del segundo desván, bien pronto comprenden lo sucedido: la ventana del cuarto aparece abierta, y sin duda por ella escapó la demente, deslizándose por la cornisa, que es bastante ancha. Desde ésta debió saltar a otra ventana, y así habría alcanzado la escalera y la planta baja.

Pero lo más inquietante no es el hecho de la escapatoria, sino esto otro:

La molinera enarbola una tea encendida. Corre de acá para allá, sin cesar en sus gritos y risas, y fácilmente se comprende cuál es su loco designio. Las paredes del almacén de heno, allí enfrente, arden ya con fragor. Y Greta Jaihg aplica ahora su antorcha a las tablas que forman el muro del cuerpo principal de la granja.

Las frases de la madre de Hans Jaihg muestran el origen de su locura:

—¡Estás vengado, hijo mío! ¡También sus cadáveres quedarán bajo los escombros, como el tuyo! ¡Tampoco sus madres volverán a ver a ninguno de ellos! ¡¡Tú reirás ahora desde el Cielo... y yo voy a reunirme enseguida contigo!!

Se la ve saltar por una de las ventanas, y los tres tienen la impresión de que el fuego ha prendido ya en sus ropas.

—¡Fuera de aquí, nada podemos hacer! —gritó el agente

americano—. ¡Tú, Nils, baja a recoger tu uniforme! No tenemos tiempo que perder. Esto va a arder todo, y el incendio se verá en diez millas a la redonda.

Abajo, óyense de nuevo los gritos de la loca. Las llamas comienzan a elevarse ya hasta el segundo piso.

—Vamos, Helen.

Los dos quedan contemplando un instante el cuerpo del suboficial Otto Hund. ¿Ha abierto ahora éste los ojos?

—Morirá abrasado... —dice ella.

Jimmy

O'Neil

tiene una rápida decisión.

—No podemos llevarlo de aquí; pero... quizá le resta una última posibilidad de salvación, si su estado no es demasiada grave.

Abre de par en par la ancha ventana, toma en brazos el cuerpo del alemán y, calculando bien la distancia, lo arroja al torrente. La fornida humanidad del bávaro, lanzada desde el segundo piso, se hunde estrepitosamente en el agua, levantando un estrellado y alto surtidor.

—Es lo mejor que puede hacer por él. Si la Providencia quiere salvarlo, mejor será entre las aguas que no dejándolo aquí entre el fuego.

Toma la mano de la muchacha y escapan los dos hacia la planta baja, teniendo que atravesar las llamas que comienzan a lamer el primer tramo de la escalera.

Cuando traspasan la cancela, Nils corre ya en delantera, llevando el lío de ropas.

Varias veces vuelven los tres el rostro, contemplando el rápido incremento del incendio. Del molino de Hans Jaihg sólo quedarán los calcinados cimientos. En él enterró una madre su loco dolor por la pérdida del hijo único, muerto en aras de la patria.

Cuando años más tarde, Otto Hund, allá en su hacienda bávara de «El Tilo Viejo», relate a sus hijos, y a sus nietos, cómo pudo salvar su vida, incomprensiblemente, del ataque de sus enemigos y del incendio de la granja-molino, siendo recogido —«pescado», dirá él— en la ribera del arroyo por una barcaza de las que hacían el tráfico del heno seco, mal podrá nunca adivinar que debe su vida a la última decisión de su *enemigo americano*.

Son las tres de la madrugada. El *fiordo* de Khol permanece en completa calma; por lo menos, en apariencia. Hacia el fondo del mismo, oculta bajo el espeso ramaje de la ribera, hallábase la lancha motora que los patriotas daneses tienen dispuesta, para un caso de emergencia.

Dos hombres medio tendidos sobre el césped de la orilla, fuman en silencio sus voluminosas pipas, no lejos del lugar donde se halla amarrada la pequeña embarcación. Visten el típico traje campesino, pero en el diálogo que luego entablan, emplean la lengua alemana. Diseminadas por todos los alrededores del *fiordo*, otras varias parejas, fuertemente armadas, como las primeras, permanecen asimismo apostadas.

—Le aseguro, sargento Keller —habla uno de los vigilantes de la canoa— que me resulta ridículo andar así disfrazado tantas horas, en esta aburrida espera.

—Ordenes son órdenes, muchacho —responde el otro.

Quedan en silencio de nuevo, dominando difícilmente su somnolencia.

Allá enfrente, en el extremo diametralmente opuesto del *fiordo*, resuena el graznido de la cerceta, repetido varias veces en el último cuarto de hora.

—¡Al diablo con el pajarraco! —rezonga el que había hablado primero—. Sólo falta su gañido, para acabar de enervarme. Preferiría el tableteo de una ametralladora, aunque disparase contra mí.

Mal puede adivinar el emboscado centinela que quien emite una y otra vez, cada tres minutos, el agudo «¡cui, cui! De la palmípeda, con perfecta simulación, es un corpulento soldado de las S. S. nazis, oculto entre la maleza junto con un alto suboficial del mismo cuerpo y una muchacha vestida de campesina.

Por una curiosa coincidencia, todos los actores de las escenas que se van a suceder tienen trocadas sus vestimentas, pues así como el americano y su camarada tuvieron la idea de disimular su personalidad bajo los ajenos uniformes, los hombres de las S. S., habiendo descubierto el escondrijo de la canoa, han adaptado el traje campesino, para sorprender a los fugitivos, pues suponen

fundadamente que intentarán por allí la escapatoria.

—Aquí ocurre algo extraño —dice Nils Hojden a sus compañeros, luego de repetir por décima vez el canto del ave rastrera, señal convenida con los partisanos que deberían guardar la lancha—. No responden desde allá enfrente.

El agente americano propone un cambio en el plan, y seguidamente es puesta en práctica su sugerencia.

La luna acaba de ocultarse, y una ligera neblina comienza a dominar la obscuridad del *fiordo*. Los dos hombres y la muchacha nadan sin ruido, sosteniendo fuera del agua las armas y las municiones. Nadie notará el leve chapoteo, al emerger los tres sigilosamente, entre las sombras, cien metros más allá del lugar de amarre de la canoa automóvil. Rastrean ya sobre el musgo, con suma cautela.

Les llega ahora el apagado rumor del diálogo entre los dos falsos campesinos; pero no adivinan el idioma en que éste se desarrolla. Entreven los trajes de paisano de los vigilantes, y Nils se yergue, para darles la consigna oralmente.

Y es el instinto femenino de Helen Mitchel quien intuye la verdadera situación. Ha cubierto con su mano la boca del danés, cuando éste iba a pronunciar la primera palabra.

Acércanse algo más, extremando la precaución, y a poco pueden adquirir la certeza de la emboscada, pues llegan a sus oídos claramente las palabras pronunciadas en alemán.

Los dos germanos, al crecer la obscuridad y desdibujárseles la silueta de la canoa, se han aproximado hasta la misma orilla, donde permanecen tendidos. Sus bustos sobresalen hacia el agua, y el sargento Keller juguetea con la mano contra la corriente.

La postura que ahora adoptan ha de serles fatal. Súbitamente, se sentirán empujados por la nuca, de cabeza contra el agua, agarrotados cada uno por un par de manos hercúleas. Se debaten con todas sus fuerzas, pero no pueden gritar, porque el agua los ahoga.

Uno de los alemanes, el que es atacado por Jimmy O'Neil

, conoce las tretas del *judo*, e intenta una desesperada llave con ambas piernas enroscadas a las de su enemigo. El americano lleva las de perder, pues tiene las dos manos ocupadas en ahogar al

tudesco, y no posee libertad de movimientos; si permite que su contrincante saque la cabeza fuera del agua, sus gritos atraerán nuevos enemigos.

Pero *el tercer combatiente* contra los alemanes, la muchacha, actúa a tiempo, con perfecta sangre fría: ha arrebatado el cuchillo del cinto del falso campesino, y a continuación, con firme mano, lo hunde entre las costillas del mismo, buscando el corazón. El grito de agonía del hombre queda reducido a un sordo gorgoteo bajo el agua.

Nils Hojden ha dado ya también fin a su enemigo. Los dos cuerpos yacentes, asfixiados, debátense en sus últimos estertores, hundidas sus cabezas en la oscura masa líquida.

El americano, libre de la presa de piernas a que lo sometió su fenecido contrincante, yérguese resoplando, y murmura con sorna al oído de la muchacha:

—Gracias, Helen. Eres una mujer deliciosa.

Luego añade, dirigiéndose a Nils:

—Hemos de resolver la situación rápidamente y con audacia. Es seguro que esto estará infestado de alemanes y que en la boca del *fiordo* habrá redoblada vigilancia. Saltemos ya a la canoa. Tú, Helen, tiéndete en el fondo, para que no te vean. Quizás podremos confundir a los que nos observen, merced a nuestros uniformes.

Nils acaba de comprobar que la embarcación lleva el necesario repuesto de bidones de carburante. El americano manipula ya en los mandos, con diestra seguridad. Levántanse los primeros ronquidos del motor; resulta absolutamente seguro que en toda la ribera del *fiordo* se despertará ahora la alarma.

Nils desata la amarra y la canoa comienza enseguida a moverse. A poco, enfilan rectamente hacia la salida.

Hállanse a unos ciento cincuenta metros de la boca del *fiordo*, cuando cae sobre ellos el foco de un reflector instalado en el punto más estrecho de la garganta de aquél.

—Serenidad..., audacia... —murmura de nuevo Jimmy—. Intentaré pasar acercándome bastante a la orilla, para inspirar menos sospechas.

Junto al reflector, ven moverse dos o tres siluetas. La canoa lleva buena marcha. El falso suboficial de las S. S. dirige un ademán amistoso a los de la orilla.

De momento, todo marcha bien. Pero el haz del reflector continúa enfocándolos. Y cuando Jimmy intenta pasar de largo, a pocos metros de la ribera, oye que le gritan:

—¡Alto..., alto! ¡La consigna!

El agente de la

F. B. I.

, por toda respuesta, repite sus ademanes de falsa *etente*, acompañados ahora con la emisión de un trabalenguas, para ver de confundir a los de la orilla. Mas ya supone que su pantomima va a servirle de poco.

—¡¡Alto, o disparamos!! —Oye gritar.

—¡Agáchate, Nils! —dice él, haciéndolo a su vez, al tiempo que da todo gas a la motora.

Ésta, llevada por la segura y diestra mano del yanqui, comienza a describir un endiablado

zig-zag

, transpuesta ya la salida del *fiordo*.

—No hemos de disparar, aunque ellos lo hagan —avisa a sus compañeros—. No os mováis, lo único que interesa es huir a escape. Si ellos no tienen dispuesta ninguna otra embarcación, podemos salvarnos. La niebla va siendo cada vez más densa.

Sus palabras son ahogadas por la primera ráfaga de la ametralladora que manejan los de la boca del *fiordo*.

El americano, encogido sobre el volante, ha oído silbar las balas a dos palmos sobre su cabeza.

Nils Hojden, enardecido por la batalla, no se aviene a permanecer inactivo siguiendo los consejos de su camarada. Requiere su fusil ametrallador y se yergue con no excesiva cautela.

—Jimmy, será mejor que yo...

No puede terminar la frase; la segunda rociada de la ametralladora alemana lo ha herido en la frente y se desploma sobre el fondo de la canoa, bañado en sangre su rostro.

El americano lanza una rabiosa imprecación, pero no puede atender a su amigo, pues harta tarea tiene con guiar la motora. Es Helen quien acude al herido, y tiene al punto la impresión de que el danés ha sido tocado mortalmente.

Continúan los disparos desde la ribera; pero cada vez se hace más difícil que puedan acertarles. La lancha surca las aguas con

endiablada rapidez. No se ve salir ninguna embarcación que les persiga. La niebla comienza a velar la línea de la costa.

—¡Nils! —Ruge ahora el americano—. ¡Di algo, habla..., por lo que más quieras!

Es la voz de Helen la que responde:

—Está agonizando.

O'Neil

abandona su asiento de proa, y es substituido por la muchacha en el volante.

El danés, en brazos de su amigo, entreabre los empañados ojos y puede pronunciar, con un hilo de voz:

—Tomad mi brújula... está en mi bolsillo... Podréis llegar... a Suecia. Jimmy..., dile a mi madre... como he muerto... ¡por la libertad de Dinamarca!...

Son sus últimas palabras. Jimmy deposita lentamente su cadáver en el fondo de la canoa.

—Adiós, camarada. No pido a Dios una muerte mejor que la tuya.

La niebla ha cerrado ya totalmente sobre la superficie del Báltico. El americano maneja nuevamente él volante.

Permanecen los dos largo tiempo en silencio. Helen ha cerrado los ojos del héroe danés, y reza junto a su cuerpo sin vida.

Transcurren casi dos horas así. La superficie de las aguas se va ahora encrespando peligrosamente y el viento comienza a soplar con furia.

—Abre uno de los bidones, Helen, y llena el depósito —habla al fin el hombre—. Se nota ya falta de carburante.

La muchacha procede a cumplimentar la orden. Pero... ¡la sorpresa es terrible!

—¡Jimmy..., qué horror! Los bidones están llenos de agua, ni uno solo contiene gasolina.

El agente secreto se ha levantando de un salto.

Quedan los dos mirándose frente a frente, con ojos desorbitados. ¡Bien han sabido los alemanes meterles en la trampa! Ahora, en cuanto la niebla aclare, cualquier avión alemán del servicio costero podrá localizarlos y facilitar su captura, puesto que es inútil pensar en seguir navegando a voluntad: quizá no queda esencia ni para media hora... ¡He explicado que los vigilantes del *fiordo* no

intentasen perseguirlos: los tenían bien seguros!

La lancha comienza a cabecear peligrosamente, balanceada por el temporal desatado.

—¡Es terrible, Helen! Hemos de lanzar el cuerpo de Nils al mar; nos estorba ahora, pues, resulta... un lastre inútil.

Aun transcurren bastantes minutos antes de que ambos se decidan a cumplir lo que la necesidad exige. Mas, al fin, el mismo Jimmy arroja al agua —despiadadamente, le parece a él— el cuerpo exánime del que fue su amigo. Y la embarcación podrá, en efecto, moverse ahora más ligeramente, desprovista de... *de aquel lastre inútil.*

En la emoción de aquel momento, ninguno de los dos para atención en la advertencia que Nils hizo en sus últimas frases. Y la brújula, elemento de trascendental importancia en su actual situación, queda en el bolsillo del muerto, perdida bajo las aguas. Jimmy no tardará mucho en darse cuenta; pero lo callará a su compañera.

Las terribles y largas horas que a continuación verán transcurrir, serán para los dos el lapso más espantoso de su vida. Impotentes e indefensos, habrán de limitarse a una titánica lucha contra los elementos desatados de la Naturaleza. El americano, encorvado sobre el volante, defenderá la canoa de los formidables embates de las olas, pareciendo milagroso que su energía no llegue a agotarse. Helen, en el fondo de la lancha, dedícase continuamente a achicar el agua que amenaza anegarla y hundirlos.

Se sienten exhaustos, desesperados. Ya no cruzan palabra ninguna. ¡Si allá en América les prometieron *la muerte en cada minuto*, el cumplimiento de tal amenaza parecíales ahora una liberación, comparada con esta angustia de saberse perdidos en la inmensidad del Mar Báltico y sin esperanzas de auxilio!

Ignoran en qué dirección les habrá arrastrado la corriente de las aguas. Tampoco serán capaces de contar las horas que permanecen así, ni podrán asegurar si vieron amanecer dos veces más, acaso tres... Sus sentidos hállanse turbados.

Confusamente, van dándose cuenta de que la tempestad ha amainado casi por completo. Jimmy

O'Neil

, tendiendo su vista hacia el horizonte, bajo el mortecino sol que

desciende a ocultarse entre las brumas, recibe la inesperada impresión que hace levantar sus agotados ánimos: hacia el Sur, muy lejos todavía, percíbese la línea imprecisa de una costa baja. Helen puede divisarla también.

¿Será acaso otra vez la misma isla de Bornholm, o bien el extremo sur de Suecia, donde ellos pensaban desembarcar, o las costas de Dinamarca, de Alemania, de Polonia...?

Por una feliz previsión, Jimmy ha reservado los últimos galones de carburante para cualquier caso extremo; y ahora va a servirse de tan preciosa reserva.

El hecho de sentirse gozosamente escapados de las garras de la muerte, hace que olviden la circunstancia, quizá peligrosa, del falso disfraz que sigue vistiendo el agente del

F. B. I.

No muchos minutos después, Jimmy hace varar la canoa en las cenagosas arenas de la playa.

Un grupo de hombres. —¿Pescadores, según su aspecto?— los contempla desde cierta distancia, con mirada —que a ellos se les antoja recelosa.

—¿Qué tierra estaremos pisando, Jimmy?

—El peligro que ahora pueda surgir, difícilmente habrá de superar el que hemos visto cernerse sobre nosotros en las últimas horas. Tengamos confianza, Helen.

* * *

La muchacha, desfallecida, habíase dejado caer de rodillas sobre la arena, mientras él, conservando prendida su mano, permanecía en pie, esforzándose por ofrecer un continente firme a la vista de los extraños.

El grupo de pescadores se había ido aproximando lentamente a ellos, sin pronunciar palabra. Cuando estuvieron bastante cerca, Jimmy se decidió a hablarles, empleando el idioma danés:

—Dios os guarde, amigos. ¿Podéis decirme qué playa es ésta?

Quienes rodeaban a la pareja de náufragos no mostraron haber entendido la salutación ni la pregunta. Repitió el americano las mismas frases, primero en sueco y luego en alemán. Esta tercera vez, los rostros de quienes escuchaban parecieron hacer más visible

su recelo.

Iban cerrando el círculo alrededor de los dos extranjeros. Jimmy, mientras contaba hasta quince el número de sus callados oyentes, llevó instintivamente la mano a la funda de su pistola.

Como si este ademán hubiera sido una señal que esperasen, todo el grupo de hombres cayó sobre el yanqui, y su compañera con inusitada furia.

El primer impulso llevó a Jimmy
O'Neil

a debatirse vigorosamente en defensa contra el desigual ataque. Dos o tres de los paisanos rodaron al suelo maltrechos, bajo la fuerza de sus puños. Sin embargo, no tardaría en ser dominado por el número.

Mas, de pronto, comenzó a entender algunas de las frases e imprecaciones que sus atacantes pronunciaban, y al punto varió su composición de lugar:

—¡Espera, no te resistas, Helen! —dijo rápidamente, en inglés, a su compañera—. Son polacos, y nos toman por alemanes, por enemigos suyos, a causa de mi uniforme. Hemos ido a parar a la zona de Danzing.

Estaba ya desarmado. Uno de los pescadores lo amenazaba con su propia pistola, mientras cinco pares de fuertes brazos lo sujetaban brutalmente. La muchacha había sido también inmovilizada. Jimmy, recurriendo a sus escasas nociones del idioma polaco —pues en la Academia de Quantico no se le había especializado en lenguas esclavas, por no dedicársele a trabajar en la zona Este—, intentó apaciguar el furor de quienes le creían su enemigo, dirigiéndoles frases que querían ser convincentes. Pero ellos seguían denostándolos:

—¡Puerco alemán!... ¡Asesino de nuestra tierra! ¡Y tú, mujerzuela *colaboracionista*...! ¡Habéis de morir los dos!...

El más viejo de los pescadores, que había permanecido apartado durante toda esta violenta escena, acercóse ahora y aconsejó a sus compañeros:

—Tened cuidado, puede comparecer por aquí cualquier patrulla alemana de las que vigilan la playa. Hay que llevarlos a lugar seguro. Amarradlos y amordazadles para que no puedan gritar. Hundid la canoa enseguida antes de que puedan verla los de las

S. S.

Desde luego, lo que a Jimmy y Helen menos les interesaba en el presente momento era escandalizar para que acudiesen sus reales enemigos.

Antes de que la mordaza cubriese su boca,
O'Neil

aun pudo prevenir a la muchacha:

—No te preocupes, Helen, es mejor así. Son nuestros amigos, aunque ellos crean ahora otra cosa. Desharemos fácilmente la confusión...

»... Si es que antes no acaban con nosotros..., añadía su pensamiento.

A empujones, fueron conducidos hasta la más próxima cabaña de la aldea de pescadores que bordeaba la pequeña ensenada. Cuatro o cinco de los polacos aplicábanse, entre tanto, a barrenar y hundir la lancha.

Ya en el interior de la rústica vivienda, dejáronlos sentar sobre un tosco banco, vigilados por el polaco que se había adueñado del arma del agente, junto con otros tres más. Los presos debían de ofrecer evidentes señales de extenuación, y a pesar de la saña de aquellas gentes, aun hubo lugar para un rasgo de humanidad: a poco, compareció la joven dueña de la casa, con una gran jarra de leche, cuyo contenido hizo beber, por mitad, a los dos prisioneros.

El americano intentó aprovechar el momento en que le bajaron la mordaza, para disuadir de su error a los que le vigilaban. Pero no le hicieron el menor caso.

—¡Cállate ya! —le conminó el polaco de la pistola, hablando en chapurrado alemán—. Cuando venga Wladimir puedes contarle tus infundios; a él no podrás engañarle, y dirá lo que hay que hacer con vosotros.

Jimmy imaginó que el tal Wladimir sería algo así como el jefe o cabecilla de los patriotas locales; e hizo votos porque se tratase de un sujeto con algo más de serenidad y sentido común que los presentes.

Tres horas permanecieron así. Era ya noche cerrada, cuando el mismo individuo que antes había hablado les anunció:

—Vais a ser llevados a lugar más seguro. Wladimir ya sabe vuestra captura, y os espera. Wladimir Oyovich es el sepulturero de

la aldea y jefe de la resistencia en nuestra comarca.

Vendáronles los ojos a continuación y, conducidos por el brazo, hiciéronle subir en un vehículo, que, por los traqueteos de las marchas, pudieron ambos identificar como una pesada carreta de bueyes. Obligáronlos a tenderse sobre las tablas de la misma, y fueron cubiertos por una ancha lona.

El trayecto fue corto. En volandas, los bajaron del carromato, sin descubrirles los ojos todavía ni librarles de la mordaza. Oyeron rechinar el pesado cerrojo y los enmohecidos goznes de una gran puerta; luego, los empujaron hacia el interior. A poco, los dejaron quietos.

«... Se tratará, sin duda, de nuestra supuesta prisión definitiva... —pensó el americano—; y el consabido Wladimir será, acaso, nuestro carcelero mayor...».

En este punto de su reflexión, le fue arrancada la venda de los ojos.

A la cenicienta luz lunar, que se filtraba por el desgarrón de una nube, el agente W. 604 captó de golpe el cuadro de... *su alojamiento definitivo*.

Estaban entre los cuatro muros de un cementerio.

Necesitábase una insigne presencia de ánimo y no menor resistencia física, para no doblegarse ya definitivamente ante el embate de los hechos. Pero los dos agentes del

F. B. I.

, hombre y mujer, poseían a suficiencia estas cualidades. Y en el último reducto de las mismas hubieron de refugiarse, cuando aquel cerril patriota, el mismo que medio hablaba el alemán, les dijo, señalando el «panorama» a su alrededor:

—Fijaos bien... En esas fosas cuya tierra aun aparece húmeda, hemos enterrado hasta veintinueve esbirros de tu mismo odioso Cuerpo de la S. S. ¡Y tú vas a ser el que hará treinta! En cuanto a la mujer... le reservaremos algo parecido; ya que sabemos qué ciase de víboras son las muchachas *colaboracionistas*, las que os sirven de anzuelo y cebo para capturar patriotas...

Rió sarcásticamente, junto con los otros cuatro o cinco individuos armados que con él se hallaban ahora en el recinto del camposanto, custodiando a los presos.

—Podéis quitarles las mordazas —añadió—; ahora, aunque griten, nadie les oirá..., si no son los «vecinos» que aquí duermen.

Jimmy

O'Neil

respiró a pleno pulmón la húmeda brisa que llegaba desde la cercana playa.

—Bien, muchachos —habló a continuación, esforzándose de nuevo por usar la lengua polaca—; sois unos admirables patriotas. Pero supongo que antes de... aplicarnos el programa que anunciáis, me será dable hablar con vuestro Wladimir Oyovich; tengo algo muy importante que decirle.

—Desde luego; no tardará en llegar. Nada se hará sin orden suya.

Les indicó luego, con el ademán, que tenían que seguir adelante. Él mismo les precedió hasta la entrada de un panteón, el más suntuoso de aquel cementerio aldeano. Descendieron un tramo de doce escalones, y se hallaron en la cripta embalsada de mármol blanco. En los muros, corroídos por la humedad, veíanse empotrados en hornacinas hasta media docena de sepulcros de

cuerpo entero, cubierto asimismo por blancas losas.

Pocos minutos llevaban en su nueva y macabra reclusión, cuando entró en la misma un individuo de mediana edad, alta estatura y hermético rostro. Vestía el mismo traje aldeano que los demás; pero en su apostura y en su gesto advertíase que no era infundada la calidad de jefe que los otros le atribuían.

O'Neil

adivinó al punto que se trataba del varias veces mentado Wladimir Oyovich, y así se lo advirtió en voz baja a Helen:

—He aquí al sepulturero mayor y probable e inapelable juez nuestro. Si no logro convencerle..., ya podemos ir recordando de nuevo *nuestro lema*.

El jefe de los patriotas polacos había avanzado hasta los dos americanos y cruzaba ahora su mirada con la del agente secreto, intuían ambos a la vez que el hombre que tenían enfrente era, a no dudar, *un digno contrincante*.

—Habla —dijo Wladimir, sin preámbulo ninguno—. Y procura suprimir cualquier ayuda de la fantasía. Ya sabes que tenéis la vida pendiente de un hilo.

Se había expresado en correcto alemán. Pero

O'Neil

le repuso:

—Si me entiende usted en inglés, lo haré en mi idioma.

—Es indiferente —dijo el otro, en lengua británica, sin que variase en nada su gesto.

El agente del

F. B. I.

, con segura palabra, fue exponiendo todas las reales circunstancias de su situación: explicó rápidamente su éxito en la misión que le había sido encomendada en la isla báltica, su huida, y, sobre todo, se esforzó en destacar la importancia que para la causa aliada tenía el que pudiesen llegar a conocimiento de los servicios secretos americanos o británicos los datos que él pudo obtener en las instalaciones atómicas alemanas. Finalmente, no calló su calidad de agente del

F. B. I.

, ni la de su compañera.

Oyovich le escuchaba en silencio, y cuando lo vio terminar,

manifestó, con un brillo metálico en su mirada:

—La historia que acabas de narrar se parece bastante al folletín que nos contó cierto contraespía alemán que se filtró entre nosotros. Logró interesarnos y desorientarnos en el primer momento; pero pudimos comprender que todo era un infundio... y fue a hacer compañía a los demás *arios* que descansan aquí cerca. Ningún crédito podemos concederte. Tu uniforme anula toda tu historieta.

Jimmy

O'Neil

, con redoblada elocuencia, volvió a recalcar la singular importancia que tenía lo que acaba de explicar, *caso de que no fuera falso lo que afirmaba*.

—... ¿No estáis vosotros en contacto con los servicios ingleses o americanos de información? Pues dadnos alguna facilidad para que podamos ser identificados; concedednos un plazo, preguntad a vuestros enlaces... ¡Os juro que, en último término, mi vida y la de la muchacha importan menos que el hecho de que llegue a malograrse la información que yo poseo y que puedo dar a mis superiores!

A pesar del gesto flemático que el polaco procuraba conservar en su rostro,

O'Neil

creía adivinar que sus razones comenzaban a hacer mella en el ánimo de quien le escuchaba. Añadió:

—¿No disponéis de radio clandestina?

Tardó Wladimir en responder, y al cabo dijo:

—Sí. La emisora está instalada en la capilla del camposanto. No hay inconveniente en que lo sepas, aunque seas alemán: no podrás hacer uso del secreto.

—Escúcheme, Oyovich: radien enseguida una corta consigna que yo les daré. Y denme dos días para que esta surta efecto.

Ahora permaneció más tiempo en silencio el jefe polaco. Al fin manifestó:

—El plazo máximo que podríamos concederos sería de veinticuatro horas. Terminaría, pues, mañana a las once de la noche. Y respecto a lo que pretendes que radiemos... ¿para qué puede servir? Supongo que no nos creerás tan inocentes como para caer en la trampa de dar por la radio la consigna para que vengan a

coparnos y salvaros.

—No habrá posibilidad de esto; os será fácil comprenderlo. Radiaríais el santo y seña correspondiente al servicio que se me encomendó. Podéis anotarlo ya: *Las grullas vuelan altas*. Repetidlo cada cuarto de hora, añadiendo la letra *H*; significa en nuestro código de urgencia, no otra cosa que lo siguiente: *Estoy en poder de los camaradas y me consideran como enemigo; urge deshacer el equívoco*. Dad también por la emisora mi cifra personal: *W604*. Y, por último, añadid la contraseña que permita localizar a los escuchas aliados vuestra estación. Esto bastará.

Oyovich sonrió por primera vez ahora. Quedó reflexionando un momento, y luego, sin dar respuesta al prisionero, dirigióse al rincón opuesto a la cripta, donde el grupo de patriotas había permanecido en recelosa espera, sin entender nada del diálogo, llevado todo él en inglés.

Desde lejos, Jimmy y Helen pudieron comprender que los polacos se mostraban remisos, como su jefe, en dar crédito a cuanto el americano había afirmado. Continuaban creyéndolo un esbirro de las S. S. que trataba de salvarse por medio de una ingeniosa patraña. Y en cuanto a hacer uso de la radio para el fin que el preso solicitaba, la oposición era todavía mayor. Quien más indignado se mostraba era el sujeto a quien oyeron llamar ahora Pavlov; el mismo que poco antes les hiciera tan fatídicos anuncios delante del cuadrilátero de las fosas. El hombre manifestaba especial prisa en que sus amenazas se cumplieran cuanto antes.

Wladimir Oyovich logró acallar a todos, y acercóse de nuevo a los prisioneros.

—Si realmente eres un agente alemán —habló, dirigiéndose al americano—, dispones de mucha imaginación. Si perteneces, como aseguras, al

F. B. I.

, resulta difícil, si no imposible, que llegues a demostrarlo. Bien; he reflexionado que no existe peligro para nosotros en radiar esas consignas traducidas a nuestra clave. Daré orden de que lo hagan así, aun contra la opinión de todos mis hombres. Pero puedes tener la seguridad de que el plazo de veinticuatro horas que te concedemos será improrrogable. Nada más, por ahora. Permaneceréis encerrados aquí durante ese tiempo; liaré que se os

facilite comida. Volveremos a vernos mañana por la noche, poco antes de las once; a no ser que antes surja la incomprensible prueba que dices esperar. Pasada dicha hora sin que la tal prueba llegue..., se os ajusticiará a los dos aquí mismo.

Quedó un instante contemplando a Helen, y añadió, con una sonrisa que acaso podía calificarse de «comprensiva».

—Hermosa es la muchacha. Preferiría que, en efecto, no se tratase de una enemiga.

—Wladimir Oyovich: esta mujer no sólo es mi compañera en el servicio, sino también mi esposa.

Reaccionó el polaco, para añadir:

—Lo cual puede ser otra filigrana tuya, para dar mayor color a tu fantástica historia. Hasta mañana..., supuesto W604.

Oyeron cerrarse la pesada reja del panteón. Habían quedado solos. Poco después alguien les llamó desde arriba; era el malcarado Pavlov, que con brusco gesto les entregó la mediana ración de pan y leche que se les asignaba, más un puñado de ciruelas secas. La frugalísima cena, sentados en el primer escalón del tenebroso antro, les pareció a sus exhaustos estómagos más reconfortante que el mejor banquete a que hubiesen acudido en su vida.

Por terrible que fuera la situación, había ahora un resquicio de esperanza, por remota que ésta fuese. Y no era el agente Jimmy O'Neil

hombre capaz de desecharla, ni de dejar de infundirla en su compañera.

El sueño los rindió, estrechamente abrazados sobre las duras losas de la tétrica cripta.

* * *

Rayaba el alba, cuando se vieron sometidos a un inesperado sobresalto. Oyéronse pasos sobre la húmeda tierra del cementerio, y a poco pudieron escuchar el chirrido de la puerta del panteón que se abría. A la incierta luz del amanecer, cinco hombres penetraron en el subterráneo. El llamado Pavlov era uno de ellos.

Lo que al punto se les ocurrió imaginar a ambos fue lo siguiente: el sañudo Pavlov acaso se había decidido ahora a *hacer justicia por su cuenta* con los dos «enemigos», prescindiendo de las órdenes de

su jefe Wladimir Oyovich.

Estaba ya Jimmy

O'Neil

haciendo rápido «inventario» de la situación, con los nervios tensos para saltar sobre sus cinco enemigos, decidido a «morir matando», cuando vio que Pavlov parecía desentenderse de él y dirigíase, junto con dos de sus hombres, hacia uno de los sepulcros u hornacinas laterales. La otra pareja de individuos armados había quedado encañonando a los reclusos, con el dedo en el gatillo.

Vieron los dos americanos como Pavlov y otro de los polacos procedían a levantar trabajosamente la pesada losa de mármol que cubría la sepultura, y el otro hombre extrajo de ella una buena provisión de cintas-cargadores para sus metralletas. Sin duda, los patriotas habían recordado que tenían ocultas allí las municiones, y, aunque como elemento defensivo poco podían valer para los presos, decidieron retirarlas.

Por muy macabra que la escena viniese a ser, a los presos les resultó en extremo tranquilizadora la maniobra de sus carceleros.

Marcharon éstos seguidamente, no sin que antes el bilioso Pavlov manifestase, con marcada reticencia:

—Hasta la noche..., a las once.

Comenzaron a transcurrir para ellos las largas horas de aquel fatídico día, sin otra comunicación con el mundo exterior que el lento sonar de las campanadas con que el reloj de la iglesia aldeana les recordaba el acuciante paso del tiempo. A mediodía, les trajeron otra ración parecida a la de la noche anterior.

Jimmy agotó inútilmente todos sus recursos imaginativos, en busca de una posible escapatoria. Nada pudo intentar contra los gruesos barrotes de la reja que cerraba la única abertura que el panteón ofrecía al exterior.

Y así fue pasando también la tarde... y llegó la noche. Los nervios de Helen Mitchell resistían la agobiante espera mucho peor que los de su compañero.

El reloj de la torre ha dado ya las diez y media.

Con las uñas hundidas en las palmas de las manos, ambos contarán el transcurrir de aquellos treinta minutos... ¡que les parecerán treinta siglos!

Perciben claramente el rumor de una crecida patrulla que se

aproxima. Los dos tienen el mismo pensamiento, sin necesidad de comunicárselo:

«... El piquete de ejecución...».

Jimmy

O'Neil

aprieta los puños. ¡Por lamentable que ello sea, está dispuesto a mandar al otro mundo unos cuantos polacos, aunque se trate de «camaradas» en la lucha, antes que dejarse asesinar sin protesta!

La puerta del panteón ha sido abierta ya. El interior de la cripta está ahora iluminado por media docena de linternas eléctricas. Wladimir Oyovich viene al frente de los polacos. Habla así, con voz segura:

—Faltan pocos minutos para las once. Hemos estado radiando durante todo el día, hasta hace dos horas, las consignas que sugeriste. Nuestro aparato receptor y emisor ha sufrido una avería; mas para el caso es igual, ya ha pasado bastante tiempo sin que llegue por ninguna parte el iluso aviso que esperabas.

O'Neil

grita, sin intentar ya contenerse:

—¡Es estúpido contar los minutos, en un asunto como éste! ¡Caerá sobre vosotros la responsabilidad de haber esterilizado uno de los mejores actos de nuestro servicio secreto! ¡Concedednos medio día más!

—Batallas inútilmente. Ya habéis rendido bastantes servicios... a vuestra patria alemana. Basta ya.

Consultó su reloj de pulsera.

—Van a dar las once. Estos patriotas se sienten impacientes por haceros justicia. Encomendaos a Dios, si es que sois creyentes. Os concedemos diez minutos justos, ni uno más, para que pongáis en paz vuestros espíritus, antes del momento de la ejecución.

Jimmy lo que está haciendo es contar los hombres que componen el «piquete». ¡Son doce, todos bien armados! ¿Podrá, acaso, arrebatar el arma de uno de ellos? ¡Absurda temeridad... que acabará lo mismo con su vida, y con la de su compañera! Mas, a pesar de la evidente inutilidad de tal intento, hállase decidido a que éste y no otro sea su fin.

Los polacos se han retirado de la entrada de la cripta, sin duda para concederles la quietud de *sus diez minutos de contrición final*.

Por permanecen todos vigilantes ante la escalera.

Por primera vez en su vida, sienten los dos americanos erizárseles el cabello cuando el reloj comienza a dar, lentamente, las once campanadas.

Y Helen, resignada ya a la desgracia, quiere verter en el oído de su esposo frases de resignación. Pero él está pensando:

«... Afuera, mejor que entre las paredes de este antro, será preferible para cualquier intento...».

Los diez minutos se han agotado ya. Suena ahora la voz de Pavlov:

—Salid.

La patrulla avanza entre las filas de tumbas, rodeando a los dos reos. Sobre la tapia del cementerio, levanta la luna su rojizo medio disco agrandado por la curvatura del horizonte. El cuadro resulta espectral.

Wladimir Oyovich se ha apartado hacia la entrada del camposanto, como si rehuyese presenciar el momento final. Es el obcecado Pavlov quien dirige la ejecución.

Él piquete se ha detenido. Y Pavlov deja oír su ronca voz:

—Habéis de abrir vosotros mismos vuestras fosas. Es lo que vuestros compañeros de las S. S. han hecho varias veces con nuestros hermanos polaco —y lo que hicieron también los rusos con la Polonia Oriental... Lo aplicamos siempre, en justa represalia. Tomad las palas. Os resultará preferible obedecer..., para evitaros una muerte más lenta. Así, caeréis a la primera descarga, en el hoyo que vosotros mismos cavasteis.

«... Una pala..., al fin y al cabo puede usarse como arma ofensiva, por precaria que resulte...», está pensando desesperadamente el americano.



Seguro de que nadie entiende el inglés —pues Wladimir se halla ahora demasiado lejos—, comunica la misma idea en voz alta a su compañera, instándola a que le imite. No está muy seguro de que Helen lo comprenda ahora, pues la ve como hipnotizada.

Frente al lugar destinado a la apertura de las dos huesas, han tomado posición, en semicírculo, los hombres del piquete, presto el fusil.

Jimmy se agacha a recoger la pala, mientras elige mentalmente el polaco de garganta más ancha y sanguínea, para hundirle en ella

el arma que sus oponentes le ofrecen. Helen continúa estática a su lado.

En aquel crítico minuto, levántase por la parte del mar un creciente zumbido, que nadie de los que viven la presente escena deja de identificar: es el roncar de un motor de aviación que se aproxima.

En el grupo de patriotas prodúcese cierto revuelo. Wladimir Oyovich acude ahora hacia el lugar de la ejecución. Jimmy O'Neil

ha hundido su pala en la arena húmeda, más bien como ensayándose para asestar luego su golpe. Pavlov se ha detenido con la otra pala en la mano, cuando se acercaba a hacerla empuñar por la fuerza a la muchacha.

—¡El aparato está ya sobre la línea de la playa! —grita uno de los polacos del piquete—. ¡Aparta, Pavlov! ¿Disparamos ya, sin esperar a que abran las fosas?

Es en aquel segundo cuando el hombre a quien llaman Wladimir Oyovich tiene el insigne rapto de intuición que ha de salvar la vida a los dos americanos. Grita con potente voz:

—¡Quieto todo el mundo! ¡Echaos todos al suelo! ¡Los dos presos también! ¡Es el bimotor que ha volado sobre el cementerio otras veces y que nos ha arrojado armas y órdenes escritas!

El avión, en rápido vuelo rasante, pasa sobre la tapia del cementerio, sobrevuela este, da luego una rápida vuelta, y al regresar, todos los que se hallan tendidos sobre la tierra húmeda, incluidos Jimmy y Helen, pueden ver como lanza, por toda carga, un gran sobre lastrado, que viene a caer en el centro del fúnebre recinto.

Es Wladimir Oyovich quien recoge el paquete. Ábrelo febrilmente, bajo la linterna que sostiene uno de sus hombres, y sus asombrados ojos pueden leer, escrito en anchos trazos, sobre la gruesa cartulina:

LAS GRULLAS VUELAN ALTAS. OBEDECED TODOS A «W. 604».

Al pie aparece la cifrada contraseña que enlaza a los patriotas polacos con el *Intelligence Service* británico.

Todos se hallan ahora en pie, y Pavlov parece que trate de reorganizar el descompuesto piquete de ejecución. No sabe que el

presunto reo, firme ahora sobre sus dos pies y empuñando la pala de hierro, lo ha elegido a él para hundirle la improvisada arma en el cuello.

Pero Oyovich ordena rápidamente a sus hombres que se aparten. Acércase al americano, sin saber el riesgo a que se expone, pues Jimmy duda si dedicarlo a él el primer golpe, y muestra al agente la blanca tarjeta, que este lee.

Jimmy

O'Neil

rompe en una triunfante carcajada y toma el rostro de su compañera, mientras grita:

—¡Helen! ¡Hemos escapado de *la Muerte en este minuto*, cuando ya nos tenía metidos en su propio y mismísimo recinto! ¡Dudo que nos pueda cazar ya nunca..., es decir, en una larga temporada!

Frente a ellos dos, cuádrase ahora militarmente el hombre que en la aldea desempeña el humildísimo oficio de sepulturero, y a quien todos llaman Wladimir Oyovich. El cual habla así:

—A sus órdenes, se presenta el agente

24-808

del *Intelligence Service*, en funciones de Jefe de la Resistencia polaca en toda la zona del antiguo territorio libre de Danzig.

El terrible Pavlov se ha cuadrado también, y frente a él todos los componentes del fallido «piquete de ejecución».

Jimmy

O'Neil

sonríe, aunque con la risa del conejo; y dice al corro de patriotas polacos, mientras acaricia los cabellos de su compañera:

—Está bien, camaradas; pero... ha faltado el hilo de una hebra para que me enterráseis con este infame hábito, que en mala hora se me ocurrió vestir.

A lo lejos, piérdese el ronquido del bimotor, entre el sordo rumorero de la resaca. Los tardíos disparos de un lejano antiaéreo levántanse en la perdida línea de la costa.

El reloj de la pequeña, iglesia campesina da ahora la campanada de las once y media.

La actuación del agente W. 604 había puesto en vilo los Servicios secretos de ambos bandos contendientes. Si para los aliados resultaban valiosísimos, los datos recogidos en Bornholm, para los nazis no era menos interesante saber a ciencia cierta si el falso profesor y su adjunta habían perecido en el Báltico a su huida por el *fiordo* de Khol, como al principio creyeron, o bien si les había sido dable alcanzar el continente, llevando al campo contrario los susodichos informes sobre los experimentos nucleares alemanes.

Los centros de información secreta radicados en los países bálticos redoblaban su atención y actividad. Los aliados conocían ya, gracias a la emisión clandestina del cementerio de la aldea Kradijva, la posición actual de su agente; pero sé veían en seria dificultad de rescatarlo, dada su situación dentro del país enemigo. En cuanto a los alemanes, sus escuchas de radio habían captado algo de la referida emisión, aunque sin poder localizar el lugar; y sospechaban ya que los dos evadidos habían llegado a la costa continental.

Cualesquiera que fuesen las decisiones que unos y otros, amigos como enemigos, intentasen tomar, Jimmy O'Neil

no era hombre que se aviniese a esperar demasiado tiempo en la inactividad. Tan lejos como veinticuatro horas después de su arribo a la costa polaca, ha fraguado ya su nuevo y atrevido plan, que va a poner en práctica esta misma noche, ayudado por «Wladimir» y sus patriotas polacos.

El callado recinto del cementerio campesino y ese poblado a esta hora de la medianoche por un número de hombres armados superior al que allí suelen concurrir. Reúnense todos en el local de la capilla, y

O'Neil

, con su rudimentaria fraseología polaca, que no pocas veces ha de ser traducida por «Wladimir», procura convencer a los patriotas de la tremenda importancia que encierra, para la causa aliada, que él y su compañera puedan conseguir la evasión.

—... El que yo mismo muera es lo de menos, con tal de que la muchacha pueda llegar a Suecia. Ella posee, mejor que yo mismo,

memoria clara de todo cuanto pudimos observar en los laboratorios de Bornholm. Si logramos esta noche apoderarnos de un hidroavión, sólo dos personas podrán huir en él. Si muero yo en el ataque que vamos a intentar contra la base de los hidros, que sea Wladimir quien la acompañe, y si él cae también, será Pavlov u otro que vosotros mismos designéis.

El grupo de patriotas ha escuchado en silencio. La bronca voz de Pavlov responde:

—Camarada, estamos dispuestos a todo. Pero... quisiéramos que los ingleses y los americanos comprendiesen cuán enormes son nuestros sacrificios, cuán terribles son los sufrimientos del pueblo polaco. En este caso concreto, ¡no lo dudéis!: tanto si el ataque de esta noche tiene éxito como si fracasa, las represalias de los nazis serán espantosas. ¡Pobre aldea de Kradijva!

—¡Pero no retrocederemos, camaradas! —clamó la voz de otro patriota.

O'Neil

fue estrechando, una a una, las manos de todos los presentes, y Helen le imitó.

—¡En marcha! —dijo Wladimir.

Distribuyó éste a sus hombres en pequeños grupos dando a cada uno de ellos instrucciones concretas. Los polacos fueron abandonando poco a poco el cementerio, protegidos por las sombras de la noche. No había luna y el cielo se presentaba encapotado.

Los últimos en abandonar el recinto del camposanto fueron Jimmy y su compañera, junto con Wladimir y una reducida escolta armada que mandaba Pavlov.

El americano, al salir, dijo al oído de la muchacha:

—Helen, despidámonos del domicilio de nuestra seguidora, la Muerte...; la acompañante que allá en Quantico nos prometieron cada minuto...

Ella embutida en el disfraz varonil que esta noche había adoptado, respondió en un susurro:

—Huiremos los dos juntos, Jimmy... o, si te hieren, quedaré aquí contigo.

—¡Falta grave en el Servicio, señorita agente auxiliar N. Y 311!

—habló él con tono que vanamente intentaba ser de chanza, pues

su voz no podía ocultar del todo la emoción del momento—. No lo olvide: del informe que usted transmita a nuestros superiores, depende acaso el triunfo de nuestra Patria.

—Pero yo, Jimmy, no puedo olvidar que el reverendo Bjoerson nos unió allá en el bosque de Bornholm...

—¡Baja rotunda en el

F. B. I.

, señorita agente..., por falta ultragave!

Intentó reír, pero no le fue posible la simulación.

Caminaban ahora junto a las tapias del cementerio, todos con el arma presta. Cinco minutos después alcanzaban la línea de la playa. La obscuridad continuaba siendo completa; sólo el tenue rielar de las aguas permitía entrever dificultosamente los objetos.

La base de hidroaviones que los alemanes tenían instalada para el servicio de vigilancia de costas, distaba poco más de tres kilómetros. A ella confluían, desde distintas direcciones y todos a la misma hora, los grupos de patriotas que se habían comprometido para el asalto. Wladimir haría el primer disparo, a las dos en punto de la madrugada.

Calculaban que las fuerzas alemanas encargadas de custodiar la base hidroaéreo no serían muy numerosas. Aquella zona del Báltico, tan apartada de los frentes, permanecía habitualmente en calma. Contaban, en fin, los atacantes con el factor «sorpresa».

Bajo las cizallas de los asaltantes, crujían ya sigilosamente las alambradas exteriores que circundaban el sector vallado de la playa, destinado a varadero de los hidros. Los centinelas alemanes nada habían podido advertir todavía. En la obscuridad, sobre las cenagosas arenas, arrastrábanse hasta una treintena de hombres dispuestos a reñir con la muerte. La muchacha había quedado en último término, por «orden superior» del agente americano.

Más allá de la valla, un discordante coro de voces masculinas comenzó a entonar, en alemán, la canción de «Lily Marlén». Lo que menos podían esperar los hombres allí acuartelados era un ataque en aquel lugar y a aquella hora.

Wladimir consultó la esfera fosforescente de su reloj de pulsera: las dos menos un minuto.

La silueta de un vigilante alemán vióse avanzar con lentitud junto a la valla. Pudo oírsele tararear también la cancioncilla.

—No desaprovechemos el primar tiro —murmuró Wladimir al oído del americano.

Y apuntó cuidadosamente.

El alegre estribillo del centinela fue interrumpido por la seca detonación. Y la frase en que el mozo germano cantaba «la gracia de Lily Marlén», quedó truncada para siempre... por la bala que penetró en su nuca.

Como lobos furiosos lanzáronse todos a un tiempo los patriotas polacos contra el recinto semicircular, cuya alambrada de espino había sido ya vulnerada previamente.

Al jocundo coro que antes había sonado dentro del campamento, sucedió una algarabía de voces y órdenes. Pronto comenzó a crepitar la primera ametralladora alemana.

Jimmy

O'Neil

, en plena furia de combate, había saltado el primero sobre la valla, y Wladimir y los demás le siguieron prestamente.

La lucha se entabló de una manera confusa y brutal. Todos los centinelas que se hallaban distribuidos junto a la valla, cayeron a los primeros disparos, sin bajas aún en las filas de los atacantes.

Helen Mitchell, siguiendo las instrucciones que su compañero le había dado, corría ahora en dirección a la playa, junio a la valla, por la parte de fuera. Tenía que lanzarse al agua y esforzarse por alcanzar a nado el primer hidroavión anclado en la libera. En el mismo se le reuniría Jimmy... *o quien hubiere de substituirle, si él caía en la lucha.*

Nadaba ya, moviéndose sigilosamente. El plan del americano parecía ir resultando bien: los alemanes, atraídos hacia otra parte por el fragor del tiroteo, no prestaban especial atención más que al *frente de tierra*. El sector destinado al puerto de amaraje permanecía solitario, en el centro, del recinto vallado.

El tableteo de las ametralladoras iba en aumento, y los gritos de los francotiradores polacos atronaban la playa. Desde la torreta boyas del embarcadero, lanzaron ahora sobre los asaltantes el haz móvil de un reflector. Pero la lucha desarrollábase ya cuerpo a cuerpo, y las ametralladoras alemanas hubieron de restar mudas, so pena de barrer por igual a atacantes y atacados.

Helen continuaba avanzando, entre el manso oleaje Entreveía

ya, lejos aún, las siluetas de los tres hidroaviones anclados a menos de cien yardas de la playa. Según lo convenido, trataría de saltar al primero de ellos... ¿Habría algún centinela armado a bordo del aparato?...

Bien pronto pudo darse cuenta de que no era así.

Las otras aeronaves flotaban quietamente, ahora a corta distancia. Helen pudo asirse al fuselaje de la primera.

Procuraba penetrar con su mirada el confuso cuadro que en frente veía desarrollarse intentando descubrir entre los fogonazos que allí y allá se levantaban la silueta del hombre que era su esposo.

Los estentóreos gritos de los polacos parecían darle a entender que los patriotas llevaban la mejor parte en el combate. Varios nidos de ametralladoras alemanes hablan sido acallados ya.

Pero los nazis, adivinando, sin duda, el designio de los asaltantes, replegábase ahora formando el cuadro, hacia la línea de la playa como intentando impedir el asalto a los hidros.

Helen dudó si no debería ella, desde su actual y oculta posición, a ras de las aguas, disparar a su vez, para desorientar a los alemanes. No lo hizo, perché Jimmy le había dado órdenes muy concretas prohibiéndoselo.

Debía seguir esperando... la llegada de quien tuviera que huir con ella... fuere quien fuere...

Montó de un salto sobre la flotante ala del hidro, y quedó allí un minuto, en angustiosa espera. Con un violento esfuerzo de su voluntad, procuró desentenderse de la lucha que allá se desarrollaba, y saltó al interior del aparato. Encendió su pequeña linterna eléctrica y procedió a realizar la primera comprobación que Jimmy le había encargado...

Sí; el depósito de carburante estaba lleno.

Penetró luego en la carlinga y ojeó rápidamente los mandos.

Volvióse de repente, sobrecogida: alguien avanzaba nadando a grandes brazadas, desde el extremo interior donde la valla penetraba en las aguas.

¿Sería él?

No pudo reprimir el impulso de enfocar hacia allá el pequeño haz de su linterna, aun a riesgo de llamar la atención de los alemanes.

Entre la rizada espuma de la resaca, pudo reconocer el rostro alterado de «Wladimir». Nadaba rápidamente con los pies y una sola mano, mientras con la otra sostenía fuera del agua su armamento.

—¡Apague, enseguida! —ordenó la voz del agente inglés, entrecortada por la fatiga.

«... *No es él, no...* —murmuró el acongojado pensamiento de la mujer—... *... ¡ha caído en la lucha, Dios mío!...*».

Wladimir había saltado ya sobre la pequeña escalera de acceso al hidro. Allá enfrente seguía la enconada lucha.

—¿Y Jimmy... ha muerto? —preguntó la turbada voz de la muchacha.

—Lo vi caer herido... —respondió el británico—, creo que mortalmente...; pero no podría asegurarlo. ¡No perdamos tiempo! Apártese del lugar del piloto..., voy yo a ocuparlo...

—¿Intenta ya despegar?

—Aun no. Aguardaré tres o cuatro minutos..., o menos, si los alemanes advierten nuestra presencia sobre el aparato. En ese tiempo, quizá

O'Neil

, si conserva fuerzas, podrá llegar hasta aquí.

Helen amagó el impulsivo movimiento de saltar fuera de la cabina, lanzarse al agua y dirigirse hacia la playa.

—¡Quieta, muchacha! —pronunció el agente del «Intelligence Service», con enérgica voz—. Seré capaz de disparar contra usted, si intenta el desatino de volverse; no la heriré mortalmente, sino que me limitaré a imposibilitarle los brazos. ¿No comprende? Se ha derramado ya demasiada sangre. Esos polacos quizá serán exterminados junto con sus familias, verán arrasada su aldea..., todo para que ustedes puedan completar su Servicio. ¡Y ahora, usted, por un movimiento sentimental, va a dar al traste con todo ese heroico esfuerzo!

—¡Es mi esposo... Fuera de él, nada me importa ya en el mundo!

Los acerados ojos de «Wladimir» daban testimonio de que la amenaza que acababa de formular no era vana. Hallábase a un paso de la muchacha, encañonándola fríamente con su pistola ametralladora.

En este instante, el reflector de la torreta del embarcadero giró

en redondo y su plateado foco vino a caer directamente sobre el hidrógeno. Helen y Wladimir dejáronse caer sobre el fondo de la cabina.

Pero al punto pudieron advertir que las siluetas que se movían alrededor del aparato de proyección no eran las de los alemanes, sino la de los patriotas polacos. Un grupo de éstos había logrado acabar con quienes hasta entonces manejaron el reflector.

La atención de Helen Mitchell fue atraída por un nuevo y más esperanzador hecho:

De nuevo *alguien* nadaba ahora derechamente desde la playa hacia el hidroavión.

Wladimir, acodado sobre el respaldo de la cabina, enfilaba el cañón de su metralleta. ¿No sería, quizá un alemán quien se aproximaba?

—¡Es Jimmy..., Jimmy...!! —clamó la muchacha, con un grito salido del alma.

Sí, era Jimmy

O'Neil

, con el rostro ensangrentado, descompuesto..., sin armas; pero vigoroso aún, nadando a dobles brazadas.

Tendiéronle los brazos los dos ocupantes del hidrógeno.

—¡Gracias, camarada inglés! —dijo el yanqui, con voz empañada por la fatiga—. Pudiste marchar tú, y no lo has hecho...

—Salte usted ya —dijo «Wladimir»—. ¿Es grave la herida?... ¿Se siente con fuerzas para intentar el viaje?... Compañero, reflexione: no cuenta su particular interés, ni el mío...; no pueden huir con el aparato más que dos personas..., la muchacha, desde luego, y quien de nosotros se halle en mejor disposición... ¡Preferible que fuera usted, puesto que lo que interesa es el informe que mejor podrán dar los dos! Pero... piénselo,

O'Neil

: ¿se encuentra con fuerzas suficientes para pilotar el aparato durante toda la travesía del Báltico?... ¡Decida rápidamente!

—¡Lo pilotaré yo! —gritó la muchacha.

—Lealmente, compañero —habló

O'Neil

, con voz ya segura—. Mi herida no debe ser grave; quedé un momento inconsciente; al golpe o rozadura de la bala contra el cráneo. Compruebe usted mismo que la lesión no es honda.

El británico llevó su mano al parietal derecho del herido.

—Es cierto —corroboró—. Que ella le vende enseguida. Déle ya al resorte de la hélice, camarada americano. Yo voy a saltar a la playa. ¡Quiera Dios que puedan ustedes llegar a su destino..., que no resulte baldía la sangre noble que aquí se ha derramado esta noche!

Estrecháronse las manos los dos hombrees. Helen se acercó al británico y lo besó en la frente.

«Wladimir» saltó ya al agua.

—¡Adiós, camaradas americanos! Aun queda algún trabajo que realizar, ahí sobre la playa. La lacha aun no ha terminado.

Hacia la parte de occidente, junto a la lejana y desdibujada línea de la cosía, comenzó a levantarse ahora el ronquido de una lancha a motor, que parecía dirigirse hacia acá.

—¡Atención,

O'Neil

! —habló «Wladimir», desde el agua—. Debe de ser una de las canoas de vigilancia costera; van provistas de potentes ametralladoras y de un cañón antiaéreo. Denme una bomba pequeña de mano de las que se ven ahí a la izquierda de los frenos. Escúcheme: voy a acercarme nadando a la motora, les gritaré en alemán a los ocupantes diciéndoles que soy uno de sus compañeros, evadido de aquí; y cuando me halle junto a ellos, lanzaré la bomba. ¡Quedarán ustedes libres de su persecución y de sus disparos!

—¡Es demasiado temerario, camarada! No saldrá usted con vida, si lo intenta.

—¡Deprisa! ¡Usted, a los mandos,

O'Neil

! ¡Usted, muchacha, a vendarle la frente! ¡¡Adelante!!

Se alejaba ya, tal como llegó pocos minutos antes: en alto una de las manos, manteniendo fuera del agua su temible artefacto.

Jimmy manipulaba diestramente en el volante. La hélice zumbaba con furia y los flotadores comenzaban a abrir su doble estela espumosa sobre las aguas. Medio minuto después, realizaban el despegue.

La lancha armada enemiga, con vertiginosa rapidez, acercábase paralela a la costa. Aun se hallaba demasiado lejos, cuando surgió del antiaéreo el primer disparo, en ángulo de poquísimos grados

sobre la superficie del mar.

La cabeza de «Wladimir» habíase perdido ya entre la cambiante superficie de las olas. El hidro tomaba altura rápidamente, y la motora que lo perseguía marcó ahora la dirección perpendicular a la costa.

La segunda ráfaga del antiaéreo tocó levemente al hidroavión en un ala.

—¡Malditos!... —rugió

O'Neil

—. Llevan a bordo un artillero formidable. ¡Van a derribarnos, mal rayo...!

No hubo lugar a nuevas imprecaciones: en aquel mismo instante, «Wladimir» cumplía su prometido designio. En efecto; sus gritos, proferidos en alemán, engañaron a los ocupantes de la lancha. La bomba lanzada por el agente británico dio en la quilla de la embarcación; ésta zozobró a los pocos minutos, y la mayor parte de sus ocupantes quedaron muertos o lloridos. El hidro fugitivo tenía, de momento, libre el camino.

Pero el agente Herbert Stevenson, del *Intelligence Service* británico, había disparado demasiado cerca: dio también su vida en aquel último *acto de servicio*.

Helen Mitchell vendaba ahora cuidadosamente la herida de su esposo, mientras éste continuaba atento a acelerar al máximo la velocidad.

Había de pasar mucho tiempo —hasta después de terminada la guerra— para que ambos llegasen a conocer a costa de qué sacrificios se había pagado su huida. No fue solo la muerte del agente británico Stevenson, sino algo mucho más terrible: la represalia de los nazis contra los patriotas polacos. La aldea de Kradijva fue arrasada, no quedando de ella, incluido su cementerio, más que los cimientos calcinados. Sus habitantes varones, sin distinción de edades, y también muchas mujeres, fueron confinados a campos de concentración. Ni uno solo de los sospechosos de haber tomado parte en el ataque contra la base de hidroaviones quedó con vida.

La total obscuridad del cielo favorecía la huida de los dos americanos. Volaban siguiendo la dirección Noroeste, en demanda de las costas meridionales de Suecia, atravesando el Báltico, que en aquella época podía ser considerado «un lago alemán».

—Inevitablemente hemos de pasar demasiado cerca de la isla de Bornholm —decía Jimmy—. No hay otra ruta a seguir; este aparato carece de potencia y radio de vuelo para llevarnos, por ejemplo, hasta el Mar del Norte. Y, desde luego, es lo más probable que los alemanes de Bornholm hayan sido avisados de nuestro probable paso, y que los cazas de vigilancia allí estacionados traten de interceptarnos el camino. Ajústate el paracaídas, Helen, y ayúdame a ponerme el otro. Por suerte, estaba dispuesto en la cabina el doble equipo.

Los complicados atalajes quedaron ceñidos a sus cinturas y su tórax. Permanecieron en silencio largo tiempo, pues el zumbido del motor hacía en extremo dificultoso el diálogo.

El aparato llevaba una velocidad aceptable, para ser de tipo algo anticuado. Cuando se fueron aproximando al meridiano de Bornholm, Jimmy, comprobando que había suficiente provisión de esencia, decidió desviar un poco la ruta algo más hacia el Norte. Pero su treta no dio mayor resultado: no tardaría mucho en iniciarse la persecución por los aviones de caza alemanes.

Clareaba ya el día, y llevaban recorridas más de las tres cuartas partes de su trayecto. La costa sueca levantábase en lontananza. Y entonces fue cuando pudieron percibir también los dos cazas que se iban aproximando.

—No dudarán en perseguirnos hasta las aguas jurisdiccionales suecos, e incluso nos acosarán sobre la península escandinava —afirmó Jimmy, preocupado.

Resultaba absolutamente cierto que los cazas alemanes les darían alcance antes de llegar a la costa. De no ser así, fácilmente hubieran podido resolver la situación: lanzándose con el paracaídas sobre la tierra sueca.

El crepúsculo continuaba avanzando. El americano, hurtando la presencia de sus enemigos, volaba ahora procurando ocultarse entre la neblina, a muy baja altura sobre el mar. Divisaron, a la tenue luz del amanecer, una pequeña flota de vaporcitos pesqueros suecos, ocupados en su pacífica industria.

Jimmy
O'Neil

tomó una rápida decisión, que comunicó a su compañera. Puso el hidro en posición de «vuelo automático», después de tomar un poco de altura. Y, a continuación, lanzáronse ambos en el espacio con sus paracaídas.

Tal como esperaban, fueron recogidos por una de las embarcaciones pesqueras escandinavas. La luz era todavía escasa y los cazas alemanes no estaban aún lo bastante cerca para haber advertido la maniobra.

Un par de minutos llevaban sobre la cubierta del vaporcito, cuando vieron levantarse a lo lejos la llamarada del choque del hidro contra las aguas. Sus perseguidores pudieron muy bien suponer que se trataba de un «accidente», y que la caída del aparato había implicado la muerte de sus ocupantes.

Los dos americanos, sentados sobre las húmedas tablas de la cubierta, desprendíanse de sus mojados paracaídas. Los tripulantes suecos, en número de hasta ocho o diez, formaban corro a su alrededor; y el patrón se adelantó a hablarles así, con voz rudamente irónica:

—¿Ingleses, no, o americanos..., prisioneros huidos del «paraíso nazi», quizá?... Bien, bien... Escuchad, pareja: nosotros somos *neutros*, ¿sabéis? Y con vosotros dos, podemos hacer varias cosas..., tres, —concretamente, a saber: primera, entregaros a las autoridades de nuestro primer puerto sueco, para que os confinen, por lo menos a ti, el varón, que sin duda serás militar...

—¡Perfectamente! —se apresuró a manifestar Jimmy—. Que me confinen a mí, y que la señorita pueda ir al consulado norteamericano, para acogerse a su auxilio.

Rió el otro, con mayor socarronería, y añadió:

—No te precipites, amigo... Aun quedan otras posibilidades, a más de la que acabo de mentar. Una de ellas, la más práctica, consiste en darle la vuelta al timón y llevaros a los dos a la isla de Bornholm. Los alemanes siempre pagan bien estos *servicios*... Hemos podido comprobarlo varias veces, ¿verdad, muchachos?... —Volvióse hacia sus hombres, que coreaban ahora su risa—. ¿Recordáis cuando «pescamos» a aquel comandante aviador ruso, y lo llevamos a la isla? ¡Buena propina nos tocó a cada uno!

Jimmy apretó los puños, mientras oía añadir al patrón:

—También podríamos entregaros, ocultamente, al más próximo consulado inglés, francés o americano..., a ver *qué daban por vosotros*. Es la tercera posibilidad. Pero resulta más expuesto: si nos ven los polizontes suecos del puerto, ¡adiós *negocio*!

Jimmy

O'Neil

, con su acostumbrada agilidad mental, había elegido ya... *su posibilidad*.

Levantóse de sobre las tablas, como desentumeciéndose y preguntó de modo negligente, mientras daba dos pasos hacia el patrón:

—¿Cuánto queréis cobrar por conducirnos a manos aliadas?

El capitán lo miró de hito en hito, y fue a reír de nuevo. Pero no tuvo tiempo de hacerlo. De un inesperado y felino salto, el americano cayó sobre él, al tiempo que gritaba:

—¡Haz lo mismo que yo, Helen! ¡Encañona a esa gente!

La muchacha había adivinado bien pronto la intención de su compañero, y antes de que éste acabase de pronunciar su orden, dirigía ya en semicírculo el cañón de su pistola ametralladora contra el asombrado grupo que formaban a pocos pasos los tripulantes del pesquero.

El patrón sentía ahora entre sus homoplatos la boca del arma del americano, que se parapetaba a sus espaldas.

—¡Levante los brazos, amigo! —ordenó Jimmy, con voz tonante—. ¡Pronto, o disparo!

Obedeció prestamente el sueco, con ojos desorbitados por el pánico.

—Así. Voy a recoger estos dos juguetes que veo en su cinto.

Eran una pistola «Star» y un cuchillo de regulares dimensiones.

—Bueno... —farfulló el hombre—, no hay que ponerse así..., todo era una broma, caramba.

—Pues la broma va a durar hasta que toquemos tierra. ¡Pronto, ordene a esos mastuerzos que marchen cada cual a su ocupación!... ¡¡Cuidado, Helen!!

Rozando el hombro del patrón, surgió el disparo del arma del yanqui, que fue a quebrar la muñeca de uno de los marineros, demasiado *nervioso*, que medro había extraído de su cinto una faca.

Desprendióse esta de sus manos, y vibró clavándose sobre la madera de la cubierta, mientras su dueño profería un gemido de dolor.

—¡Basta, basta..., por cien mil tiburones! —gritó el capitán—. ¡Este yanqui, inglés, o lo que diablos sea, resulta el mismísimo demonio! ¡Virad en redondo, chicos, hacia la costa!

Helen continuaba con el dedo en el gatillo, dominando a los estupefactos tripulantes. Jimmy, mientras seguía apoyando el cañón de su arma sobre la espalda del sueco, bajóse hasta el oído de éste y le murmuró:

—Bueno, compadre, aun podéis hacer un discreto negocio. Conozco las normas de nuestra Embajada... Si continuáis siendo obedientes, prometo hacer que os den la acostumbrada «gratificación», siempre que esquivéis el que yo quede encerrado por vuestras autoridades. Ya sabéis que los americanos somos gente formal y pagamos bien.

—Eso se llama hablar con sentido común —rezongó el sueco, sin atreverse a bajar los brazos; y gritó de nuevo a sus hombres—: ¡Muchachos, a todo motor y a toda vela. Hay «propina» a la vista... y tengo prisa por descargar esta peligrosa pareja de esturiones que hemos pescado!

Nadie levantó ya la voz. El pesquero, con mar bastante picada, enfiló rectamente la línea de la costa, aun lejana.

Helen y Jimmy no variaron su posición de alerta, resguardándose siempre, contra toda eventualidad, detrás de la voluminosa figura del patrón. Los marineros acabaron por reír de buena gana, viendo el gesto compungido que éste adoptaba, sentado sobre la cubierta y con las manos cruzadas contra la nuca, sin que su armado «vigilante» dejase ni un momento de tenerle bajo la amenaza de su pistola.

Hora y media más tarde pisaban los dos americanos la tierra escandinava.

* * *

Sentados frente a la mesa del Embajador, en el suntuoso despacho de la Legación norteamericana en Estocolmo, Jimmy y Helen acaban de relatar a aquél, resumidamente, su accidentada odisea.

—Hace ya días —manifiesta el diplomático— que recibimos la orden de estar sobre aviso, por si les era dable a ustedes escapar de Suecia. Ahora, lo más urgente es que se apresuren a redactar un amplio informe, para transmitirlo enseguida, con la valija diplomática, a Washington y a Londres. Desde luego, procuraremos facilitarles a ustedes la salida de Suecia; pero esto ya ofrecerá alguna mayor dificultad.

Pulsó un timbre, y añadió luego:

—Voy a ponerlos en contacto con Alan Hauber, el jefe de nuestro departamento de Información en la Embajada. El les facilitará cuanto necesiten para la redacción de su valioso informe secreto sobre los laboratorios de Bornholm.

A poco se presentó Alan Hauber. Bajo su auxilio, dos agentes americanos quedaron instalados en un silencioso despacho reservado, donde por espacio de más de veinte horas permanecieron ocupados en la minuciosa redacción del informe, que Helen mecanografió. Completando los recuerdos de los dos, e incluyendo una serie de diseños de aparatos y de croquis de edificios, realizados por la hábil mano de la muchacha, compusieron un cuaderno bastante abultado, a cuyo contenido habría de conceder el Alto Mando aliado, indudablemente, singularísima importancia.

Terminaron su trabajo bastante cansados; pero henchidos de satisfacción.

—¡Magnífico servicio, amigos míos! —afirmó el Jefe de Información de la Embajada, al recibir en sus manos el informe ya terminado—. Creo que en mi vida he tenido en mi poder un documento tan trascendente como éste. Bien; opino que se han ganado ustedes un merecido descanso. No se detengan más; yo mismo entregaré el informe al señor Embajador. En el Hotel Astoria tienen ya reservadas habitaciones, y allí hallarán también alguna ropa. Les aconsejo que salgan de la Legación por la puerta accesoria, de servicio; siempre conviene prever cualquier vigilancia enemiga. Un coche pequeño de la casa les espera junto a la puerta; lo verán enseguida. Me parece que pueden desprenderse de las armas: más bien les serán ya molestas.

—Nos resultan ya simpáticas y habituales compañeras, ¿verdad, Helen?

Rieron los tres. Alan Hauber los acompañó afectuosamente hasta

la puerta del pequeño zaguán, donde se estrecharon las manos.

Detuviéronse los dos bajo la marquesina que coronaba el dintel. Llovía ahora con bastante intensidad. Sentían ambos una total laxitud en todo su cuerpo, y hasta en sus mentes.

Junto a la fachada posterior de la Legación Norteamericana, las luces de neón, a la entrada de un cine, parpadeaban bajo la lluvia.

—Se acabaron las aventuras, Helen. Podemos creer que en el momento de hacer entrega de nuestro informe a Alan Hauber, hemos puesto punto final a nuestra actuación como agentes del Servicio Secreto. Ya sabes que nos darán de baja en cuanto sepan... lo de la bendición del reverendo Bjoerson.

Ella levantó los hombros, como dando a entender que nada de ello le importaba ya.

—Ahí está ya el coche que se nos destina —añadía Jimmy—. Te aseguro que si la tarde fuese menos desapacible, muy a gusto te llevaría a dar una vuelta por la pacífica ciudad de Estocolmo. O, mejor: podríamos meternos bonitamente en el cine, como... como esa parejita tan amartelada que ahora sale, ¿la ves?

Un mozo alto y una muchacha de pelo rubio ceniciento transponían, en efecto, la portalada del cinematógrafo. Ríen como chiquillos, bajo la lluvia. De pronto, la joven, que había salido corriendo delante, abrió la portezuela del pequeño auto, el mismo que Jimmy y Helen creían destinado para ellos. Y sí que era así, pues vieron como el acompañante de la muchacha llamaba a ésta, junto a otro coche semejante al primero, un *Studebaker* de igual color y traza, estacionado poco más adelante, frente al cine.

Rió ella su equivocación, y pronto fue a reunirse al que debía de ser su novio. Acomodáronse ambos en los asientos, y el coche arrancó al punto, entre nuevas risas de sus ocupantes.

—¿Lo ves, Helen? A éstos también les sonríe la felicidad... y de seguro que han ido a buscarla con menos complicaciones que nosotros.

Avanzaron los dos hacia la acera, mientras seguían con la mirada la marcha del otro *Studebaker*. Tendía Jimmy la mano para abrir la portezuela de «su coche», cuando dos o tres secas detonaciones partieron de la próxima esquina, más allá del cine, dirigidas contra el auto que poco antes había arrancado. Zigzagueó la dirección de éste, sin duda por haber sido herido quien llevaba el

volante. Jimmy y Helen vieron surgir de la esquina y de algún portal vecino a esta tres hombres armados, levantado el cuello del impermeable, con el ala del sombrero caída sobre el entrecejo. El coche había ido a chocar contra el poste de un farol, perdida ya totalmente la dirección. Uno de los atacantes se aproximó al vehículo, y, con fría saña, arrimó al cristal de la portezuela su pistola ametralladora, e hizo tabletear esta hasta agotar las municiones. Asomóse luego al interior, como para comprobar la segura extinción de ambos ocupantes, y después hizo señal a los otros dos individuos armados. Al punto huyeron los tres en distintas direcciones, después de ocultar las armas. La lluvia, la semiobscuridad del atardecer y la confusión originada, favoreció la huida de los asesinos. La criminal actuación de éstos había durado escasamente minuto y medio.

El agente americano había adivinado rápidamente la verdad, en cuanto sonó el primer disparo, y gritó al punto a su compañera:

—¡Retírate, Helen! ¡Eso iba destinado a nosotros! ¡Pronto, sígueme!

Prendióla de la mano, y retrocedieron ambos junto a la pequeña verja de hierro que circundaba el chalet de la Legación. Dando un salto,
O'Neil

rompió de un puñetazo la bombilla eléctrica cuya luz caía ahora sobre ellos, desde el chaflán del chalet.

—¡Salta conmigo, rápido!

—En un segundo estuvieron los dos a la otra parte de la verja, dentro del pequeño jardín de la Embajada. Ocultos tras el seto de arbustos, presenciaron las escenas que en la calle se sucedieron: la huida de los asesinos, el remolino de la gente alrededor del coche tiroteado, la llegada de los guardias, y no mucho después, la de una ambulancia.

—Están muertos los dos. Los cuerpos aparecen acribillados —oyeron decir a los curiosos—. Parece que salían de la Embajada; deben de ser americanos.

Jimmy aconsejó a su compañera:

—Continuemos aquí, Helen. No tenemos prisa..., sobre todo para que alguien repita con nosotros la escena de esa desgraciada pareja. Resulta claro que tomaron su coche por el que a nosotros se

nos destinaba. ¡Dios de Dios! De todas formas, los espías alemanes no hubieran podido evitar lo peor para ellos: el informe sobre Bornholm está ya en manos del Embajador, y, aun muertos nosotros, hubiera salido para su destino.

Casi una hora continuaron en su escondite.

—Busquemos la puerta de la Embajada que dé a este jardincillo. En modo alguno resulta prudente salir a la calle.

El ordenanza que les franqueó la puerta interior quedó indeciso al verlos allí. Jimmy no se paró mucho en explicaciones. Dirigiéronse ambos rectamente hacia el despacho del Embajador, al que, en efecto, encontraron. No tenía aún noticia clara del hecho, y O'Neil

se apresuró a informarle.

—Pernoctarán ustedes aquí —les dijo—. No hay duda de que el espionaje alemán les persigue. Lo mejor será que no abandonen la Legación hasta que se les facilite la salida de Suecia. En fin, su informe está ya listo,

O'Neil

, ¡y mal pueden los nazis malograr tan magnífico servicio!

Sobre la mesa del Embajador, veíase, efectivamente, el encuadernado paquete de folios mecanografiados, que pacientemente habían redactado los dos durante veinte horas. Por modo instintivo, Jimmy llevó su mano sobre el abultado documento.

—Parece como si acariciase usted a su hijo predilecto, O'Neil

—manifestó, sonriendo, el Embajador.

—En efecto, no podemos negar que sentimos cierto cariño por estos papeles, que tantos sudores y tanta sangre han costado, ¿verdad, Helen?

Había levantado mecánicamente la cubierta y hojeaba las páginas, cuando, de pronto, vio la muchacha fulgurar sus ojos intensamente. Abrió por completo el agente el informe y leyó una hoja o dos. Luego lo cerró de golpe.

—¿Revisó usted este documento, señor Embajador?

—No he tenido tiempo aún. Alan Hauber me lo entregó hace diez minutos. Pero ya imagino su trascendental importancia.

—¿Me permite?... —Había tomado de nuevo el documento de

sobre la mesa—. Fíjate, Helen, aquí se te deslizaron algunas erratas mecanográficas, ¿no crees?...

Helen Mitchell dirigió la vista sobre la página... y en sus ojos brilló al punto el mismo destello que antes había iluminado los de su compañero.

Aqué! no era el informe que ellos habían redactado.

—Avisaré a Hauber —dijo ahora el embajador, pulsando el timbre—. Se asombrará, como yo mismo, de lo ocurrido.

Cuando en el corredor sonaron las fuertes pisadas del Jefe de Información de la Embajada, Jimmy se levantó rápidamente y su compañera hizo otro tanto. Retrocedieron ambos, mientras el embajador los miraba con extrañeza, hasta quedar arrimados a la librería lateral.

Al abrir Hauber la puerta, no pudo verlos.

—¡Qué desgracia, míster Wendell! —exclamó el que entraba, dirigiéndose a su jefe—.

O'Neil

y la muchacha parece que han sido asesinados aquí cerca, a su salida de la Legación. ¡Es horroroso!

La mirada del embajador lo guió hacia el lugar donde se hallaban las presuntas víctimas. Jimmy

O'Neil

sonreía, con las manos en los bolsillos, adoptando un gesto de ingenuo.

Los ojos de Alan Hauber brillaron siniestramente; pero no perdió su sangre fría.

—¡Oh, pero...! ¿Cómo se explica?...

Su mirada buscó el documento.

—Ha habido una pequeña confusión, Hauber —manifestó

O'Neil

, sin perder su sonrisa—. Pero, en fin, el *uniforme está aquí*, que es lo importante, ¿no le parece?

Alan Hauber trató de escrutar el semblante de su interlocutor. Porque... acaso éste no había tenido lugar de releer ahora *su informe*.

Pero el embajador habló así a continuación:

—Siéntense ustedes, tomaremos algo. Celebraremos un poco el éxito... y la salvación de nuestros amigos. ¡Oh, Hauber, no sabe

usted con cuánta amorosidad ha tenido de nuevo

O'Neil

ahora entre sus manos el preciado documento, después del atentado!

Alan Hauber habíase levantado rápidamente de su butaca, mientras su mano derecha iba a buscar afanosamente en la sobaquera...

Pero su ademán fue inútil. La ágil humanidad de Jimmy O'Neil

cayó sobre él de un rápido salto, abrazándolo e inmovilizándolo por los hombros, en una violenta llave de *catch*. A la vez, la pistola de Helen Mitchell se apoyó sobre su nuca.

Míster Wendell, el embajador, contemplaba atónito la escena, y se levantó a su vez, como dispuesto a cortar el atrevido acto de los dos agentes.

Alan continuaba forcejeando inútilmente, sin apartar su mano, que sujetaba el arma, medio extraída del oculto bolsillo axilar.

—No se resista ya, Hauber —habló Jimmy—; está descubierto.

—

¡O'Neil

! —clamó el embajador—, ¿qué atrevimiento es éste?

—Atienda, míster Wendell: tenía este traidor en el puesto más delicado de la Legación. El substituyó mi informe, por ese falso que tiene usted ahí. Y planearía también nuestra muerte, que vino a caer, casualmente, sobre unos infelices. Y *su servicio* hubiera resultado perfecto: muertos nosotros dos, no podríamos impugnar el falso informe, que no serviría ya, conforme a su plan, mas que para desorientar a nuestros Servicios Secretos.

El miserable Alan Hauber había cejado en su resistencia. Paseó con desvarío sus ojos por toda la estancia. No intentaba ya extraer el arma, pero continuaba empuñándola, sujeto siempre por el agente.

Un estampido conmovió la habitación. Alan Hauber, con el corazón atravesado por la bala que él mismo disparó, desprendióse, inerte, de los brazos de

O'Neil

. Un reguero de sangre comenzó a empapar la alfombra.

—¡Santo Dios! —clamó míster Wendell—. ¡Es inaudito...,

incomprensible...!

—El mismo se ha hecho justicia. Helen: ahora sí que es cierto que nuestro *servicio* queda completo y concluso.

En trayecto aéreo de Inglaterra a Norteamérica, vía Islandia, el exagente W. 604 y la exagente auxiliar N. Y. 311 siguen ahora inversamente la ruta que recorrieron dos meses antes.

Llevan en sus bolsillos dos contundentes documentos, los mismos que esperaban: uno de la Gasa Blanca, en el que el Honorable Secretario de Defensa de los Estados Unidos les da las gracias, en nombre de Su Excelencia el Presidente, por los grandes servicios prestados a la Patria; y otro de la Inspección del F. B. I.

, en el que les da de baja en el Cuerpo... por *imposibilidad técnica y táctica* de continuar en el mismo.

—Helen —murmura él a su oído—, ¿has creído siempre que la bendición del reverendo Bjoerson tuvo valor real y efectivo?

—Pues... tengo mis dudas, Jimmy, Por si acaso, bueno será que, en cuanto lleguemos a Nueva York, vayamos a que nos la refrende cualquier Padre Smith.

Ríen los dos, alterando la adusta seriedad de los demás viajeros del *Constellation*, que quizá piensan todos, más que otra cosa, en la posibilidad de ver aparecer algún avión alemán.

Jimmy adopta, de pronto, aquel antiguo aire tímido y distraído del falso profesor Kachowsky, y dice a su compañera, señalando a través de la ventanilla:

—Mire, *Miss Ferguson: icebergs*. Los hay de todos los tipos; vea allá también un *icefield*. Para la latitud en que viajamos...

Ella, instintivamente, ha vuelto la mirada hacia atrás... acaso por temor a que, como aquella otra vez, se levanten también de sus asientos algunos «pacíficos» viajeros, llevando la mano a las sobaqueras.

Pero todo lo que ocurre es que la obesa señora del asiento de detrás le pregunta:

—¿Recién casados, verdad?...

—Pues... casi —responde Helen, sin darse cuenta de lo que contesta.

La señora obesa ha adoptado un gesto de repulsa ante semejante respuesta inesperada.

Jimmy y Helen no creen prudente reír ahora; aunque buenos impulsos sienten de ello.

En el silencio que sigue, el pensamiento de los dos discurre por recuerdos de mayor emoción. Están trayendo a su memoria, calladamente, la entrañable camaradería de aquellos que cayeron a su lado: Nils Hojden..., Wladimir..., los patriotas polacos...

A muchos miles de millas, la guerra continúa asolando los hogares y segando fieramente las vidas.

Más para ellos dos se abrió ya la era de la paz y la felicidad.

FIN